

Bronislaw Markiewicz

Reflexiones para el anochecer

Selección de textos y traducción:
Zdzislaw Urbanik, csma

Buenos Aires 2008

Introducción

Si hubiera tenido que explicar el presente libro *Reflexiones para el anochecer* habría descripto, en pocas palabras, que resulta ser una catequesis que el beato Bronislao Markiewicz solía dirigir a sus más cercanos colaboradores y a sus alumnos antes del descanso nocturno.

La vida en el Hogar de Educación en Miejsce Piastowe culminaba todos los días con oraciones en la capilla, después de las cuales el padre rector -como se solía llamar a Bronislao- formaba en los chicos la conciencia católica y la fidelidad a la Iglesia por medio de breves enseñanzas que podían denominarse también “Buenas noches”, a ejemplo de lo que hacía Don Bosco. Luego eran editadas en el periódico “Templanza y Trabajo” para que fuesen utilizadas por sus lectores fuera de la casa. El presente libro es justamente la traducción de aquellas reflexiones. Quien las lea verá que eran un pensamiento que verdaderamente formaba a los jóvenes. También trasluce en ellas la suerte y la marcha de la casa y luego de la nueva obra, o sea de la futura comunidad religiosa que él organizaba.

Estas meditaciones fueron compartidas para dar testimonio de una fe viva que transmite una fuerza pujante. Por lo tanto inspiran a andar siempre pacífica y amigablemente con los demás y a construir el bienestar de las naciones por buenos caminos, el cual depende también de los hombres que las conforman, especialmente de los que ocupan puestos conducentes. Convocan a todos para atender a los pobres, evidencian el quiebre de las bases sociales en muchos países enteramente cristianos y manifiestan que nosotros no sólo podemos, sino que debemos ser amigos de Dios, lo cual constituye nuestro honor y alegría.

Bronislao Markiewicz, a quien se considera uno de los más brillantes pedagogos y educadores de Polonia, reflexionaba con los alumnos sobre la problemática del robo de la siguiente manera: *Hoy, para abordar el tema del robo, les daré el ejemplo de la urraca. Las urracas tienen debilidad por los objetos brillantes...se llevan cosas cuando nadie las ve y a veces incluso las arrebatan. El comportamiento de la urraca no se considera como pecado, porque ella no goza de razón, y por ende no es consciente, pero una persona peca cuando roba de estas u otras maneras.*

Todos: alumnos y educadores, seminaristas y responsables de los distintos sectores de la casa, entendían bien aquellas palabras e iban a descansar con el propósito de levantarse al otro día para realizar mejor las tareas cotidianas.

Cuán justas, para la realidad de hoy, son las palabras de este gran hombre, cuando dice que es bueno el deseo moderado de los bienes temporales, pero puede ser malo cuando los deseamos como si toda nuestra felicidad dependiera de ellos. Corren un gran peligro los apetentes de los vanos honores y del propio ensalzamiento.

Hoy en la actualidad, debido al avance de la tecnología, muchos niños y adolescentes culminan su día con juegos y conversaciones con amigos por medio de teléfonos celulares y computadoras, y lo que es peor con desconocidos por Internet, exponiéndose a los peligros inminentes que esto trae, casi como una adicción. Así van sustituyendo las conversaciones en familia y las oraciones antes de dormir, alejando completamente todo lo que tenga que ver con lo religioso y lo moral. Ante tal situación el presente libro puede servir de apoyo a los padres para encaminar a sus hijos hacia una actitud amistosa con Dios.

Marki, 10.06.2008

Padre Casimiro Radzik,
Superior General de la Congregación de San Miguel Arcángel

El robo

Hoy, para abordar el tema del robo, les daré el ejemplo de la urraca, que es un ave cuya cabeza, pico, cola y patas son de color negro y su voz, un matraqueo áspero: *tcha-tcha-tcha-tcha-tcha*. Las urracas tienen debilidad por los objetos brillantes. Se puede decir que son ladronas porque se llevan cosas cuando nadie las ve y a veces incluso las arrebatan.

Quitar una cosa con violencia cuando el propietario la defiende significa hurtar. Esta ilegítima apropiación constituye un mal mayor que un simple robo, es decir, una usurpación. El comportamiento de la urraca no se considera como pecado, porque ella no goza de razón, y por ende no es consciente, pero una persona peca cuando roba de éstas u otras maneras.

Mientras hubo truenos y relámpagos el Señor dijo: *No robarás* (Ex 20, 15) y la razón reconoce tal mandamiento como condición indispensable para la convivencia social, cuya trasgresión implica una pena que establece la ley. Si no fuera así y si la propiedad adquirida no estuviera garantizada por ley, nadie se sentiría estimulado a trabajar, salvo con el fin de consumir inmediatamente el producto de su trabajo. Nadie se esforzaría en asegurar su propia existencia o la de su familia. ¿Para qué? ¿Para que el fruto de este esfuerzo se lo lleven los holgazanes y bribones que se pasan la vida robando, asaltando y estafando?

Si el robo equivaliera a los buenos medios de adquisición y la astucia y la violencia al trabajo digno, el bienestar de las naciones desaparecería, o como sostiene santo Tomás, “perecería la sociedad humana”.¹ Si estuviese permitido robar, el mundo se asemejaría a una selva habitada por hordas bárbaras que se exterminarían con permanentes saqueos y guerras fratricidas.

No es de extrañarse que las sociedades antiguas castigasen severamente toda forma de robo. Tomo como ejemplo la Ley de XII Tablas de los antiguos romanos, que al ladrón capturado en un delito lo convertía en esclavo de la víctima. Y si no se lo detenía en la infracción tenía que cumplir, a favor del damnificado, una pena pecuniaria equivalente al doble del valor del objeto que había robado.

Cuando en el siglo III los visigodos ingresaron por las regiones de Ponto y Bitinia, algunos de los cristianos les señalaron las casas para saquear e incluso formaron parte de sus perversos actos, apropiándose así de los bienes ajenos. Ante esta situación el obispo de Neocesarea, Gregorio, llamado Taumaturgo, dio a conocer en una carta pastoral que si un cristiano robaba sería excomulgado y que quien saqueara no podría ser aceptado ni siquiera entre los penitentes oyentes, que al igual que los catecúmenos, abandonaban la asamblea antes de que se empezara a decir el canon. Una vez hecha la confesión y una debida restitución, se lo pasaba a la categoría de los penitentes, que estaban de rodillas. No obstante, no podía llevar la ofrenda en la misa ni recibir la comunión.

San Basilio, en una carta sobre la disciplina penitencial que escribió a Anfiloquio, obispo de Iconio, menciona: “El que reconoció que había robado y pidió la penitencia ha de ser excluido de la recepción de los sacramentos durante un año. En caso de que recibiera una sentencia, el mismo castigo se aplicaría hasta dos años”.² San Carlos Borromeo enseñó que quien no devuelve un objeto encontrado comete el pecado de robo.

¹ *Suma de Teología*, II-II, q. 66, a. 6.

² Carta canónica, 3.

Trabajaba yo en la ciudad de Milán -cuenta san Agustín- cuando un señor muy pobre se encontró una bolsa que contenía 200 monedas de oro. Acordándose del séptimo mandamiento: «No robarás», quiso devolverla, pero no sabía cómo, ni a quién. Entonces pegó en un lugar público este aviso: «El que haya extraviado dinero, acuda a tal lugar, y pregunte por tal persona». El dueño de la bolsa preocupado llegó a leer el aviso, y acudió. Cuando el señor pobre comprobó que se trataba realmente del dueño, le devolvió la bolsa con todas las monedas. Este, agradecido, quiso recompensar al pobre tan honrado, dándole 20 monedas de oro, o sea el diez por ciento, pero el pobre no aceptó. Le ofreció diez monedas, y el pobre tampoco las aceptó. Le ofreció cinco y tampoco. Entonces el dueño, conmovido, puso la bolsa en el suelo y dijo: -Ya que usted no quiere aceptar nada como recompensa, tampoco yo quiero llevarme este dinero. Finalmente el pobre se convenció y aceptó lo que el señor le proponía. Pero se apresuró a repartirlo entre gente más pobre que él.

Los que roban se excusan frecuentemente diciendo que es poca cosa y que no vale la pena tenerlo en cuenta. No obstante, la menor injusticia constituye una ofensa a Dios y un pecado que lleva a mayores injusticias. El que es fiel en lo poco será fiel en las cosas grandes y el que se muestra injusto en las cosas pequeñas, pronto lo será en asuntos más importantes, como dice un proverbio -“Quien hace un cesto, hará cientos, si le dan mimbres y tiempo”. Los grandes ladrones comenzaron por robar cosas pequeñas.

La injusticia se parece al fuego, que con una chispa, por más pequeña que sea, incendia ciudades y pueblos enteros. Este pecado se convierte rápidamente en un vicio porque el ladrón, aunque herede bienes significativos y sea dueño de la mayor fortuna, no dejará de robar. Pronto origina crímenes, confesiones y comuniones sacrílegas y lleva al infierno. El ejemplo de ello lo tenemos en Judas, que empezó a apropiarse de cosas pequeñas y luego traicionó al Maestro. Como podemos ver, la injusticia es un pecado muy peligroso y hoy en día la cometen, con mucha frecuencia, tanto los poderosos como los pequeños.

El robo resulta ser también una de las mayores torpezas, porque en tan sólo un momento hace que se pierda la gracia y la bendición de Dios, la tranquilidad de conciencia y el respeto de la gente; trae aparejado el castigo de las personas y lo que es peor, los tormentos eternos en el infierno. Este vicio resultan ser los terribles lazos del diablo, que hacen caer a mucha gente a los abismos. El ladrón le hace daño al prójimo, lo entristece y se opone con atrevimiento a la Providencia, la cual dispuso que cada persona fuera dueña de las cosas que adquirió por medio del trabajo, una donación o una herencia.

Jesús dice con toda claridad: *el árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego* (Mt 3, 10). Con más razón sucederá esto con un árbol que da un fruto malo y nocivo. San Lucas narra que el hombre que amontonó su cosecha, como bienes para muchos años, fue llamado insensato.³ ¿Cómo llamaremos al que se lleva los bienes ajenos? Ciertamente rico, según el mismo evangelista, no robó ni estafó a nadie, pero tampoco ayudó a un pobre, de nombre Lázaro. Y después, en la morada de los muertos, le fue negada una gota de agua que pidió para refrescar la lengua porque las llamas lo atormentaban. Si esta pena fue aplicada al que había sido avaro, ¿cuánto mayor será la de quien se apropia de un bien ajeno? Que el robo, en cualquiera de sus formas, les repugne. Prevengan de este vicio ignominioso a otros para que desaparezca de nuestra sociedad.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 2, pág. 12.

³ Lc 12, 16-21.

Mandamiento del amor

Hoy procuraré responder a la cuestión *cómo* y *a quién amar*, porque hemos de amar a cada persona como a nosotros mismos, a ejemplo de Dios que en su bondad nos creó a su imagen y semejanza y nos predestinó para el cielo. Él nos exhorta a poner en práctica las palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22, 39) y *les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros* (Jn 13, 34). Estos dos pasajes bíblicos forman un solo mandamiento del amor. Hemos de amarnos a nosotros mismos para conservar la imborrable imagen de Dios y alcanzar la meta final que es él mismo y luego procurar, según nuestras fuerzas, que nuestro prójimo también llegue a conseguir estos fines.

Debemos despojarnos del “hombre viejo”⁴ que tiene por fin último a sí mismo y su propio provecho temporal, y ama al prójimo en la medida en que resulte un medio para conseguir sus objetivos terrenales. Hemos de revestirnos del “hombre nuevo”⁵, que es Cristo Jesús, quien amó sobre todo nuestras almas, y por su pasión y sus obras nos hizo merecer su gracia, los sacramentos y otros medios de salvación, como también la gloria eterna en el cielo.

En la medida de nuestras posibilidades debemos ayudar al prójimo en sus necesidades materiales y sobre todo socorrerlo espiritualmente, para que con la gracia de Dios se muestre piadoso y santo y alcance la salvación eterna. Incluso debemos hacer nuestras obras de misericordia corporales por el bien del alma del prójimo. Es necesario que las obras espirituales ocupen el primer lugar, porque las riquezas de este mundo tienen valor en cuanto ayudan a alcanzar una virtud que constituye el mayor y verdadero tesoro. He aquí el mandamiento del amor cristiano.

Sepan, queridos niños, qué significa amarse a sí mismo y qué, también, ayudar al prójimo. No se trata de que la gente nade en la abundancia, es decir, se vista ostentosamente, tenga una vivienda lujosa, muchos alimentos y bebidas e infinidad de diversiones, en una palabra, un paraíso en la tierra, sino de que sean hombres virtuosos, tengan a Dios en su corazón y lleguen al cielo. Esto debemos procurarlo para nosotros y para los demás y las otras cosas se nos darán por añadidura. Tiendan, con todas sus fuerzas, a no estar en pecado mortal, a vivir en gracia y practicar las virtudes en abundancia, a cumplir fielmente cada uno y para la gloria de Dios las obligaciones. Entonces una comida buena y abundante, las satisfacciones de la vida, el bienestar y la felicidad en esta tierra, vendrán solos.

Jesús que es el máximo e inalcanzable maestro, nos enseña cómo adquirir las riquezas y alcanzar la felicidad. Nosotros estaremos con él, seguiremos sus enseñanzas en cada cuestión y saldremos victoriosos. Él nos dice que ni las exuberantes ganancias, ni el mayor bienestar, ni las fábricas numerosas traerán la paz en el mundo ni nos harán felices, sino una vida virtuosa y la búsqueda del reino de Dios y de su justicia.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 3, pág. 17.

⁴ Ef 4, 23.

⁵ Ibídem, 4, 24.

¿A quién amar primeramente?

Hoy presentaré el orden en el amor al prójimo. San Pablo enseña que *mientras estamos a tiempo hagamos el bien a todos* (Gál 6, 10). Debemos amar a todos: no sólo a nuestros parientes, conciudadanos y católicos, sino también a los desconocidos, los extranjeros, los que no creen y hasta a nuestros enemigos.

Como sucede en todas las cosas, también en el mandamiento del amor al prójimo hay un orden establecido por Dios. Es así, porque nuestra fragilidad humana no nos permite servir a toda persona a la vez y por igual, nuestras fuerzas son limitadas y no todos se relacionan con Dios -en quien y por quien debemos amarlos- de la misma manera.

Para nosotros, Jesús constituye el modelo más noble de cómo amar al prójimo. He aquí el Salvador: Dios, al ser todopoderoso, pasó toda su vida haciendo obras de misericordia en su tierra para el bien de familiares y compatriotas, y amó tanto a su patria, que lloró sobre Jerusalén, sabiendo que sus espléndidos edificios pronto serían destruidos.

Los apóstoles empezaron la actividad evangelizadora en el propio país; san Pedro como cabeza de los apóstoles instituyó su sede en Jerusalén y cuando ya no era posible seguir allí se dirigió a las tierras extranjeras.

Encontramos esa misma postura en san Adalberto, un misionero en nuestra patria, que predicó y se sacrificó primeramente en su país natal, Chequia, después de lo cual se trasladó a Polonia, esa hermanada nación, donde hizo mucho bien por nosotros. Allí, dejando a su piadoso hermano, se dirigió a Prusia, un territorio de otro idioma y otra fe en el que fue martirizado.

Nosotros también debemos amar más y ante todo a nuestros parientes y conciudadanos. Santo Tomás enseña que el sentimiento de amor y la inclinación de la naturaleza que sentimos hacia algunas personas proceden de la sabiduría divina.⁶ Amémonos entonces todos, grandes y pequeños, nobles, burgueses y campesinos, apoyándonos mutuamente, siempre con medios dignos y sin perjudicar a ningún extraño, llevando pacientemente las cargas los unos de los otros, porque la Providencia divina nos ha unido con el mismo idioma para que aunadas nuestras fuerzas llevemos a cabo la gran misión que ella nos encargó desde hace siglos. Y cuando florezcan entre nosotros el amor y la concordia, con toda seguridad haremos cosas mayores para la gloria de Dios y el provecho del mundo que lo que hicieron nuestros antepasados. Ninguna autoridad, por máxima que sea, tiene derecho a separarnos. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido.

La inclinación de la naturaleza que sentimos hacia nuestros allegados y conciudadanos es innata y procede de Dios. Por consiguiente no es bueno rechazarla, y menos aún en la medida en que unidos podemos hacer mucho más para la gloria de Dios y el mundo entero, como así también salvarnos indudablemente.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 4, pág. 25.

⁶ Tratado de la caridad, II-II, q. 26, a. 6.

Las fuentes de la fe católica

Hoy hablaré de las fuentes de la fe católica, la única fe verdadera contenida en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura.

La Sagrada Escritura es la palabra de Dios que la Iglesia recibe y reconoce como inspirada y de origen divino, es decir, cuyo autor es Dios. Por inspiración entendemos un impulso divino que iluminó y guió al escritor a fin de que no errara, sino que escribiera todo y sólo lo que Dios quería. No obstante, el diferente modo de redactar y explicar las cosas dependió de la disposición personal del autor.

Debido a que en la Biblia hay *cosas difíciles de entender* (2 P 3, 16) el Concilio de Trento definió que “nadie, apoyado en su prudencia, ose interpretar la Escritura Sagrada, en materia de fe y costumbres, que pertenecen a la edificación de la doctrina cristiana, retorciendo la misma Sagrada Escritura conforme al propio sentir, contra aquel sentido que sostuvo y sostiene la santa madre Iglesia, a quien atañe juzgar el verdadero sentido e interpretación de las Escrituras Santas, incluso contra el unánime sentir de los Padres”.⁷

Las Escrituras constituyen una fuente de donde la Iglesia saca infaliblemente la enseñanza de Dios. La otra, a la cual “con igual afecto de piedad e igual reverencia recibe”⁸, es la Sagrada Tradición que transmite vivamente lo que los apóstoles aprendieron de las palabras y obras de Cristo y lo que el Espíritu Santo quiso que enseñaran en la Iglesia. Jesús les dijo a ellos: *vayan, entonces, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado* (Mt 28, 19). La Tradición, como enseñanza y palabra del mismo Dios, que precede en tiempo a los Libros Sagrados, tiene la misma fuerza de verdad que la Sagrada Escritura y debe ser respetada como exhorta san Pablo: *conserven fielmente las tradiciones que aprendieron de nosotros, sea oralmente o por carta* (2 Tes 2, 15). Algunas verdades que la Sagrada Escritura omite o no expresa claramente fueron transmitidas mediante las definiciones de los concilios, el depósito de la fe, los ritos de la sagrada liturgia en la cual la fe se manifiesta de modo visible y los escritos de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Estos merecen una atención especial porque en sus obras se halla la tradición que citan los concilios en sus definiciones.

Llamamos Padres de la Iglesia a los más insignes pastores de los primeros siglos que se distinguieron por la santidad y enseñanza ortodoxa y que recibieron dicho título del Papa. Los criterios para llamarse Doctor de la Iglesia son: tener una insigne vida, una doctrina eclesial eminente, el reconocimiento expreso del Vicario de Cristo, el título de santo y ser considerado maestro y defensor de la fe.

El oficio de guardar la enseñanza revelada y definir quiénes son testigos y maestros ortodoxos de la fe sagrada, está confiado a la Iglesia.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 5, pág. 33.

⁷ Concilio de Trento, Sesión, IV.

⁸ *Ibíd.*

Los signos del verdadero rebaño de Cristo

Hoy aclararé las características del verdadero rebaño de Jesucristo, que él formó antes de partir, para la reconciliación de los hombres con Dios y la enseñanza de la verdad. Él fundó la Iglesia que significa “convocación”, bajo el gobierno de los pastores legítimos, es decir, Pedro, sumo pastor y sus sucesores. El Pastor invisible que la gobierna es Cristo mismo y el gobernador visible es el Papa, obispo de Roma.

La Iglesia de Cristo se puede conocer por sus caracteres, que constituyen el alma y el rasgo esencial de la Iglesia verdadera, y que en el credo niceno-constantinopolitano confesamos con palabras: una, santa, católica y apostólica. Estos signos están tan estrechamente unidos con la naturaleza y organismo de la Iglesia que no pueden ser separados de ella. Le son propios sólo a la única Iglesia de Cristo y la distinguen de otras.

La Iglesia de Cristo es una, como la verdad es una sola, es eterna e inmutable como uno solo es Cristo, el cual anuncia ser la verdad. El Señor habla de un único rebaño que él mismo eligió. Esta unidad de la Iglesia en el único Jesucristo, su fundador y cabeza invisible, significa la unidad de la fe y el amor. El fundamento y la fuente de esa indivisión es la unidad de la autoridad, que une a los fieles y pastores en comunión con la cabeza visible, que es el papa romano. La unidad resulta tan necesaria en la Iglesia, que su ausencia origina solamente apostasías y herejías, es decir, desgarran la vestidura inmaculada de Cristo.

La Iglesia de Cristo es santa: ya en la tierra, siendo peregrinante, tiene este carácter, y Jesucristo vino al mundo para la santificación y la salvación de los hombres, razón por la cual la instituyó. El Espíritu Santo es quien transforma al hombre viejo y lo conduce a la perfección con la gracia santificadora. Esta santidad, para ser un signo visible en la Iglesia, debe manifestarse por medio de la práctica de las virtudes cristianas, de los consejos evangélicos en grado perfecto, como también por otros rasgos exteriores como profecías, milagros, y los dones del Espíritu Santo. El hecho de que la Iglesia sea santa y santificadora no significa que todos sus miembros se muestren santos, sino que todos son llamados a llegar a la santidad y todos reciben los medios para alcanzarla.

La Iglesia de Cristo es católica, o sea universal, porque ha de extenderse por el mundo entero, entre todas las naciones, sin excluir a ninguna persona, a través de todos los tiempos, y debe perseverar inmutable en la enseñanza de Cristo. Ella es obra de Dios, que no fue reducida a la nada por las persecuciones de los “nerones” ni de los “dioclecianos”, sino todo lo contrario: se alza sobre las ruinas de muchas potencias del mundo que querían vencerla. Sobrevivirá a todos los poderes de este mundo que la persiguen. Obedeciendo al mandato de su fundador, ella anuncia el evangelio en todas partes, sin descanso ni interrupción.

La Iglesia de Cristo es apostólica: porque está fundada en los apóstoles, quienes recibieron la misión de extenderla. Por eso san Pablo dijo que los cristianos fueron edificados sobre el fundamento de los apóstoles donde Cristo es la piedra angular.⁹ Este rasgo exige que la enseñanza apostólica y sus frutos perduren en la Iglesia de modo inmutable e ininterrumpido. Otras iglesias, es decir, sociedades de gente, no tienen estas condiciones, por lo tanto no provienen de Cristo y no son su rebaño.

“Templanza y Trabajo”, 1898, N° 6, pág. 41.

⁹ Ef 2, 20.

La fe viva

Hoy hablaré de la fe viva, que para Jesús -quien promete la salvación a cada uno *que crea y se bautice* (Mc 16, 16)- no es una adhesión inteligible de las verdades reveladas ni una admiración vana de su enseñanza, sino que significa la fe que *actúa por la caridad* (Gál 5, 6). La alabanza con los labios es vana si las obras son malas - dice san Bernardo.

La fe ha de mover nuestros pensamientos, sentimientos, deseos, palabras, obras y todas las cuestiones, conforme a la expresión paulina: *el justo vivirá por la fe* (Gál 3, 11). Quien pone su vida en Dios no juzga los honores o infamias, la pobreza o riqueza, en una palabra los asuntos terrenales y sobrenaturales, según la claridad fútil de las mentalidades de este mundo, sino acorde a la mirada de Dios, quien concedió al hombre la capacidad para juzgar conforme lo hace él mismo.

Imaginemos a un hombre que viaja de noche por un camino precipitoso, engañoso y oscuro. Ve una sombra y piensa que es real, o tiembla de miedo donde no hay nada temible; en otras partes avanza con seguridad, creyendo que pisa el suelo firme pero cae al precipicio. Ésta es una imagen de los cristianos cuya fe es como una vela que está por consumirse y arroja una pálida e insegura luz sobre la vida. Enceguecidos caen frecuentemente, dan al mal el nombre de bien y se alegran en vez de entristecerse. En cambio, el que se abre a la salvación que le viene de Dios le da el valor justo a cada cosa, la ve como ella es, porque está iluminado por la luz divina y es como si mirara con los ojos de Dios.

San Pablo compara admirablemente al cristiano, que vive de la fe, con el que se guía por sus pasiones. Los dos construyen en el mismo fundamento que es Jesucristo. El primero edifica con oro, plata y piedras preciosas y el otro usa madera, pasto y paja. La justicia de Dios, como “el fuego”, pondrá de manifiesto la calidad de la obra de cada uno.¹⁰ Lo que la fe encendida de amor construyó, brillará como el oro acrisolado, en tanto que las obras del hombre fundadas en las pasiones no dejarán nada más que cenizas sin valor.

Los méritos del justo florecen todos los días para la vida eterna, porque cuando fortalece su cuerpo con comida y recreaciones dignas lo hace con espíritu de fe. Cualquier cosa que le sucede, ya sea buena o mala, si se enferma, si sufre desprecio o recibe honores, lo acepta y ofrece a Dios, porque vienen de su voluntad. No se lamenta ni maldice a los que lo persiguen, porque cree que el Señor lo ha permitido para sus mayores méritos; ora por sus adversarios y se compadece de ellos, porque si tuvieron mala voluntad, ya se castigaron al pecar. Aprecia singularmente la gracia y el amor de Dios que actúan en él y en otras personas y considera que los honores y las riquezas son solamente medios de salvación. En cada circunstancia pide estar iluminado por la fe, para obrar según ella.

La Sagrada Escritura alaba a los primeros cristianos, porque como testigos de la fe viva no estuvieron apegados desordenadamente a los bienes de este mundo, se mantenían unidos, tenían un solo corazón y una sola alma. Entre ellos se hace visible la comunidad de los corintios, fundada por san Pablo, que san Clemente Romano elogia por su sencillez, modestia, humildad, obediencia y sumisión a los gobernantes y superiores. Dice de ellos que se mostraban más contentos de dar que de recibir, que se sentían apenados por las transgresiones de los allegados como si fueran deficiencias propias.¹¹

¹⁰ *1 Cor 3, 10-15.*

¹¹ *Epístola a los Corintios, I-II.*

Sólo la fe viva salva y hace feliz al hombre, como dice la Sagrada Escritura: *todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios* (es decir, por la fe viva) *son hijos de Dios* (Rom 8, 14) y serán dichosos en esta vida y en la eterna. Nuestro país sufrió tantas desgracias porque somos pocos los que nos guiamos por el Espíritu de Dios; la mayoría se deja llevar más bien por los atractivos de este mundo, que son -entre otros- la sensualidad, la vanidad, la soberbia, la envidia, la venganza y otras maldades. Procuremos tener una fe viva como la tuvieron los primeros cristianos instruidos por los santos apóstoles, y mostrar con obras lo que siente nuestro corazón.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 1, pág. 1.

La mansedumbre

Hoy me referiré a la mansedumbre, que es la virtud que modera la pasión de la ira a la luz de la sana razón y es contraria al alboroto, ruido y griterío. Jesús enseñaba sobre ella cuando decía: *aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29); *bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra* (Mt 5, 4). Esta virtud ha de ser muy grande, ya que el Salvador la coloca entre las bienaventuranzas. Por ella nos hacemos particularmente seguidores de Cristo, quien cuando era insultado no devolvió el insulto; cuando fue crucificado inocentemente oró por los agresores, que no sabían lo que hacían.

El patriarca José, cuando envió a sus hermanos de Egipto a la casa de su padre, les hizo esta advertencia: *No peleen por el camino* (Gn 45, 24). Esta miserable vida que llevamos no es más que un camino hacia la bienaventuranza eterna; no nos enojemos, pues, los unos con los otros, en este camino; andemos siempre unidos con nuestros hermanos y compañeros, dulce, pacífica y amigablemente. A veces nos parece que debemos reprender severamente al agresor, sin embargo es una ilusión, porque no nos habla la razón iluminada, sino una pasión ciega. El que se deja agitar por la cólera es como si se montara en un caballo sin domar.

San Francisco de Sales aconseja dominar la ira en cada ocasión. También dice que es mejor que la gente diga que nunca te irritaste, a que tuviera que decir que te encolerizaste a veces por motivos justos. Hay que cerrarle la puerta a la cólera, porque una vez entrada es difícil arrojarla.¹²

Si nos injurian, o si sufrimos un daño material o relativo al honor, ¿para qué enojarse, y a causa de un arrebato, perder la paz interior, cuya carencia es una desgracia mayor que la pérdida de la fama o de los bienes materiales? Cuando uno se enoja por ser injuriado, se autocastiga innecesariamente y el mismo estado de ansiedad lo perjudica mucho, porque como decía san Luis Gonzaga: el demonio pesca las almas en aguas turbias.

Si alguien les produce un daño grave o los ataca enfurecido, háblenle con mucha dulzura, porque “las palabras suaves son argumentos firmes”, dice un refrán. Si en tal situación ustedes se sienten perturbados, es preferible callar, para que la pasión no los arrastre a decir una palabra impropia o a realizar una acción imprudente. Esperen hasta que se calme la pasión y verán que enojarse sería una necesidad. La pasión es como una cortina negra que no permite ver y discernir la falsedad de la verdad, la injusticia de la equidad.

¹² Véase: Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, Tercera Parte, Cap. VIII.

Cuando el que los ofende reconoce su error, viene a pedir perdón y a reconciliarse, no lo miren con malos ojos ni le respondan de mala gana, porque iría contra la caridad y podría inducirlo a una mayor furia, odio o venganza. En consecuencia escandalizarían a otros al no perdonar al culpable. Más bien muéstrenle un corazón lleno de amor y respeto, y pídanle que les perdone también la ofensa que hayan causado.

Si ustedes se dan cuenta de haber cometido un defecto a causa de la cólera, reparen inmediatamente esa falta con un gesto de dulzura hacia aquella persona contra la cual se hayan irritado, aunque les cueste mucho. Porque así como resulta un excelente remedio contra la mentira retractarse enseguida, así también es un buen remedio contra la cólera repararla inmediatamente con un acto de amabilidad y dulzura. En este sentido suele decirse que las heridas se curan con más facilidad cuando están frescas.

Además, cuando se sientan sosegados y sin motivo de enfadarse, llénense de dulzura y bondad, conversen y hagan todas las cosas, grandes y pequeñas, de la manera más suave que les sea posible. Porque además de tener palabras dulces con el prójimo, conviene tener dulce el corazón, es decir, todo el interior de nuestra alma.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 2, pág. 10.

La humildad - el poder de Cristo

Hoy hablaré de la humildad, que forma parte de la templanza, modera y refrena el ímpetu del espíritu para que no confíe demasiado en sus propias fuerzas y no se eleve sobre sí mismo, sino que tienda a someterse a Dios. Ésta es una virtud de suma importancia, incluso en el campo social, porque lucha contra la soberbia que divide a los hombres y los encierra en el aislamiento egoísta, ya que una persona orgullosa piensa sólo en su propio enaltecimiento y gloria a costa de la humillación de los demás. En efecto, se rompen los vínculos de unidad y se da origen a diferentes partidos y facciones que se forman, por lo común, alrededor de los personajes más ambiciosos. Además todos tratan de deponer al que ocupa más alto puesto para elevarse a través de cualquier medio. De esta manera echan raíces la anarquía y el desorden social.

El engreimiento afecta tan profundamente los tiempos de hoy, que la humildad es entendida entre nuestras generaciones por poco, como si fuera una fábula de la cual se habla con lástima. Tanto es así que la ciencia moderna, enceguecida por la soberbia, niega la existencia de Dios y ve el embrutecimiento humano como una mayor conquista del progreso. Está claro como el agua que de esta manera se matan la conciencia y la moral del hombre, pero el orgullo de la instrucción moderna no deja ver estas horrendas consecuencias.

La soberbia nacional destruyó las leyes internacionales que derivan de la ley natural y armó de pies a cabeza a naciones enteras, poniéndolas unas contra otras. Las grandes potencias tienden a ser dominantes en el mundo, imitando a los antiguos pueblos paganos y especialmente a la arrogante y omnipotente Roma, ante la cual calló el mundo. La soberbia precede la caída, y muy pronto se verificará que el que se enaltece será humillado, porque cuanto más excesiva es la soberbia mayor es la humillación, tal como nos dice la historia. ¿Qué pasó con Asiria, Babilonia, Egipto, Macedonia y Roma antigua, que divinizaron la soberbia? Lo mismo sucederá en nuestros tiempos, y un infalible anuncio de ese fatal fin lo

constituyen los ejércitos poderosos y los millones de gente pÉrfida.¹³ AquÉ estÁ la contemporÁnea Mane, Tekel, Fares.

Nuestra peor plaga, que brota de la soberbia, es la protecci3n reinante y la tendencia a favorecer a los familiares y personas afines con cargos y premios. Un puñado de gente ambiciosa forma una camarilla, que procura ocupar todos los altos puestos en el paÍs sin mirar las aptitudes y la idoneidad. Esta camarilla arrogante entrega certificados de raz3n y virtudes; el que estÁ a favor de ella es loado de virtuoso e inteligente y quien actúa independientemente es llamado inmoral y torpe. Vemos, pues, que al que no sabe maniobrar una canoa se le da el tim3n de un barco.

Todos los desastres sociales que azotan los tiempos modernos tienen su origen en el mal moral, que es la falta de humildad, o sea la soberbia que circula en las venas de la sociedad de hoy y envenena su sangre. Para curar esta enfermedad debemos practicar urgentemente la humildad cristiana y hasta que no lo hagamos, todos los medios no serÁn mÁs que un calmante momentÁneo que no devolverÁ la salud a la sociedad.

Vale la pena, entonces, conocer mÁs de cerca esta virtud que conforman el conocimiento y el desprecio de si mismo. La persona, con la ayuda de esta virtud, llega a ahondar en su propia miseria y a despreciarse a sÍ mismo. La primera parte radica en la mente y la segunda, en la voluntad. La raz3n iluminada por la fe reconoce que el hombre de por sÍ no es nada; que su vida y todo lo que posee provienen de Dios; que es menos que nada por ser pecador, y por ende, adversario y enemigo de su Creador y Dios por ofenderlo tantas veces de pensamiento, palabra y obra; que no hay pecado que no habrÍa cometido si no lo hubiera acompañado la gracia de Dios.

Este conocimiento de la propia miseria lleva a la voluntad de rebajarse ante Dios y ante cualquier persona a la cual se considera mejor. AsÍ san Francisco de AsÍs entendía la humildad cuando decía: “Estoy seguro de que si Dios le concediera a un bandido tantas gracias y dones como me dio a mÍ, con toda seguridad él se mostraría mejor y mÁs agradecido a su Bienhechor que yo”. Y yo digo tambi3n que si Dios retirara su mano de mÍ y no me sostuviera, yo caería en pecados mÁs graves que cualquier otra persona, llegando a ser el peor de todos, por lo tanto no habrÍa nadie mÁs indigno que yo. El autor de *Imitaci3n de Cristo* dice: “...no te debes juzgar por mejor, porque no sabes cuÁnto podrÁs perseverar en el bien. Todos somos flacos; mas tÚ a nadie tengas por mÁs flaco que a tÍ”.¹⁴

¿Y c3mo reconocerse peor que el último pecador pÚblico? Acuérdate de Sim3n, el leproso, de Magdalena, junto a los pies de JesÚs y de Saulo, a quien fueron confiados los mantos de Esteban, mÁrtir. He aquÍ un pr3jimo que nos escandaliza con su aborrecible comportamiento pero que puede, como Magdalena y Saulo, convertirse con la gracia de Dios en hombre santo. Asimismo nosotros podemos caer mÁs bajo y condenarnos para siempre, lo cual sucedió con unos cuantos que comenzaron bien y terminaron mal. Despu3s de todo Dios sentenciarÁ a cada uno de nosotros segÚn la gracia y los dones que nos dio. Pues ¿quién sabe c3mo juzgarÁ él nuestro comportamiento? Tal vez nuestras obras, aparentemente buenas y loables, no tengan valor alguno ante Dios por negligencia y falta de humildad.

¹³ El autor pone a los socialistas entre este tipo de gente.

¹⁴ TomÁs de Kempis, *Imitaci3n de Cristo*, Libro I, Cap. 2.

Ahora podemos entender la enseñanza de Jesús que dice: cuando te inviten a un banquete de bodas, ocupa el último lugar¹⁵, no te pongas en el medio ni en el anteúltimo puesto, sino decididamente al final para que estés solo, no te compares con nadie en este rebajamiento: reconóctete el más indigno entre todos.

Cuando el hombre humilde ora, se reduce hasta lo más profundo de su nada, se reconoce indigno de estar ante el Padre celestial, y mucho menos de conversar con él, lo cual considera un honor y una gracia. Y si Dios no lo escucha, no se turba, sino que espera con calma que se digne a mirarlo, porque toma como misericordia tan sólo que lo soporte. No se vanagloria de sus obras buenas y cuando lo elogian siente más bien confusión y se inquieta por sus propias debilidades y pecados. Cuando se acuerda de los dones naturales y sobrenaturales con los cuales Dios lo benefició más que a otra gente como bienes, nobleza de familia, cualidades físicas, capacidades intelectuales, consuelos espirituales, buenos frutos del trabajo y conciencia limpia, medita seriamente sobre si está listo para rendir cuenta de todas estas gracias que le pertenecen a Dios y no a él, porque las recibió sólo en concepto de administración. En tales momentos reflexiona sobre las enseñanzas de la Sagrada Escritura: *El que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer!* (1 Cor, 10, 12). Teme por sí mismo y, desconfiando de su virtuosidad, pide ardiente y frecuentemente ser un auténtico virtuoso y poder perseverar hasta el final. En consecuencia evita rigurosamente cada ocasión de pecado, observa con cuidado todas las indicaciones de los maestros de la vida espiritual y sobre todo procura la templanza de la vista.

Cuando -en el cumplimiento del oficio- se ve expuesto a un peligro espiritual pide fervorosamente la ayuda de Dios y de los santos. Si la imaginación lo alimenta con vanos recuerdos de éxitos pasados, ilusiones de magníficas perspectivas y ruidosa fama se siente avergonzado y humillado, al ver los antiguos errores y debilidades presentes que le cuesta superar. No pretende grandes cosas ni altos puestos, pero cuando después de analizar todo, orar largamente y oír el consejo de los mayores -sobre todo del director espiritual- conoce la voluntad de Dios, asume los asuntos de mucho calibre, aunque estos sean complejos y erizados de mayores dificultades.

Cuando cae, no se extraña ni desespera, no se entristece inútilmente ni se excusa, no se queja de nada ni de nadie, sabiendo que cayó a causa de su gran miseria e insuficiente confianza en Dios. Es así que enseguida se arrepiente, hace propósito de enmienda, recurre tan pronto sea posible a la confesión sacramental y luego vive serenamente, como si nunca hubiera caído. Si encuentra dificultades y grandes obstáculos o si lo abruman las tentaciones, no se desespera, no es pusilánime y no dice: ese trabajo, esta aflicción están por encima de mis posibilidades, sino que vigila, ora y se esfuerza para alcanzar la victoria.

Cuando una cruz o una humillación mayor caen sobre él, las acepta pacientemente con el espíritu de penitencia como una azotaina merecida y dice con David: *Me hizo bien sufrir la humillación* (Sal 119/118, 71). A esta humillación, que le vino de la Providencia, le añade voluntariamente el propio rebajamiento, confesando los pecados en el sacramento de la Penitencia con máxima sinceridad, se acuerda de la pasión de Cristo y de su gran amor para con los hombres, se alegra de poder sufrir con él y agradece que le fuera permitido llevar la cruz junto con el Salvador.

¹⁵ Lc 14, 7-11.

Cuando las aflicciones disminuyen, causándole cierto consuelo, agradece que Dios lo miró con su gracia y manifiesta que, por amor a él, está dispuesto a aceptar nuevas cruces y pruebas, con tal de que le conceda la paciencia necesaria. Una persona humilde respeta no solamente a los individuos que ocupan altos puestos, sino también a los de condición más humilde. Y cuando tiene oportunidad de hacerles algún bien, aunque humillante, teniéndose por servidor de todos aprovecha presurosamente tal ocasión y no exige reciprocidad. No se molesta por los disgustos sufridos, perdona de buen grado los rencores y soporta los defectos y debilidades del prójimo. No se entristece cuando otros reciben un mayor cargo, porque se considera indigno incluso del puesto que ocupa. No pretende sobresalir, evita todo lo que es exclusivo y hasta se abstiene de mostrar que es humilde y mejor que otros, o que sus obras son mayores, y desea especialmente realizar tareas cotidianas.

No se expresa sobre sí mismo, sobre sus asuntos o sobre las cualidades que posee, para que no lo elogien, y cuando la conciencia lo apremia a decir algo sobre sí, lo hace modestamente agregando a sus virtudes y obras buenas una mención sobre las debilidades que padece y los errores que comete. Si oye a otros halagarse no se escandaliza, no sospecha ni los juzga apresuradamente por jactanciosos y vanidosos.

Cuando trabaja más que otros no se compara con ellos para mostrar superioridad, sino más bien considera las obras de ellos más perfectas y valederas ante los ojos de Dios, o cree que Dios espera más de él, porque le dio mayores bendiciones. Cuando ve que otros reciben abundantes gracias y, en consecuencia, mayor respeto, no se muestra envidioso, más bien se adhiere a esa voz que los admira y se expresa con alabanza y agradecimiento sobre la bondad de Dios que tan sabiamente distribuye sus dones.

Cuando conversa con la gente no se aferra a su propio juicio, respeta el parecer de otros e incluso acepta esas opiniones contra sus propios criterios y reconoce los argumentos que esgrimieron para defenderse. Actúa así porque le interesa en especial que el nombre de Dios sea alabado lo mayormente posible en todo y por todos. Para el humilde, Dios y su gloria están por encima de todo.

Cuando es criticado justamente por sus errores, soporta las críticas con serenidad o al menos pacientemente, sin justificar esos pecados y defectos, porque en lo profundo de su corazón, se entristece y sufre más por las culpas que cometió que por un reproche. Mas estos ejercicios exteriores de la humildad son como una cáscara, porque la esencia de la humildad está en los pensamientos, sentimientos y deseos humildes. Sabe que las obras exteriores son necesarias para conservar la humildad interior.

Como cada virtud, también la humildad se divide en grados. San Ignacio enumera tres: soportar pacientemente las cruces y humillaciones; alegrarse cuando nos desprecian; por amor a Dios no desear otra cosa sino injurias, humillaciones y sufrimientos en lugar de honores, alabanzas y satisfacciones, con tal de que surja de ello una igual o mayor gloria de Dios. Esta humildad heroica nace en el alma que está enamorada de Cristo, que desea imitarlo y asemejarse a él lo más fielmente. Es así que frecuentemente se dirige a Jesús para decirle: Señor Jesús, ¿qué te daré por las infinitas gracias y el amor que me mostraste insondablemente? Estoy dispuesto a aceptar todas las humillaciones y sufrimientos, cualquiera que gustes enviarme, aunque sean los más punzantes. Y elígelos tú mismo, Señor, porque las cruces que se oponen a nuestra voluntad e inclinaciones son las más pesadas. Ellas

vienen por orden y permisión divina y son justamente los sufrimientos de nuestra profesión y vocación.

Como vemos, la humildad se basa en la verdad y la justicia, no es otra cosa que el reconocimiento de quiénes somos, de la verdad que hace libre y que es el cumplimiento de la justicia cristiana que a cada uno le da lo que le corresponde. La humildad no es un sentimiento bajo ni anula la verdadera dignidad. Es más bien un sentimiento noble y lleno de fuerza sobrenatural que vence al más peligroso enemigo interior del hombre, que es la soberbia egoísta, raíz de todos los desastres de los individuos y de las naciones enteras. Jesús *se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz (Flp 2, 8)* y con palabras y obras nos aconsejó practicar esta virtud como fundamento de la vida y felicidad presente y futura. Por ende la humildad es una gran virtud y ustedes pueden comprender ahora por qué hemos elegido a la templanza, cuya parte forma la humildad para tenerla en nuestro lema y escudo.

La humildad fue, es y será el único camino a la verdadera grandeza, el fundamento único y seguro de toda virtud cristiana, la infalible medida del valor de la persona, el primer anticipo de los mayores dones y gracias de Dios, la condición principal e indispensable para participar eficazmente en la gran obra de la redención del género humano, y por lo tanto la primera fuerza en el campo espiritual y en las cosas temporales. Ella, como recuerda san Alfonso de Ligorio, constituye el poder de Cristo que cambió la faz de la tierra y sigue transformándola. Hace crecer a la Iglesia, según se expresó san Beda: Dios quiere que la Iglesia crezca con la humildad. Modera y refrena el ímpetu de nuestro espíritu para que no confíe demasiado en sus propias fuerzas ni se ensalce, sino que convencido de su propia debilidad e inclinación al pecado, atribuya a Dios todo lo bueno y se tenga poco en cuenta a sí mismo.

Sólo a alguien así dispuesto Dios le concede las gracias, hace por él grandes obras y “el poder de Cristo” se manifiesta en él con todo su resplandor, porque en tales circunstancias no actúa la persona, sino el mismo Cristo en ella y por ella. No obstante, hay que reconocer que es muy difícil que un hombre llegue a poseer tal disposición. Es por eso que el Hijo de Dios, igual al Padre celestial en todo, vino al mundo, se rebajó infinitamente tomando el cuerpo humano para enmendar nuestra soberbia, se aniquiló en la pasión y más aún por la muerte ignominiosa en la cruz, y sepultado se entregó a la justicia rigurosa de su Padre. Se puede decir que toda su vida fue una cadena de infinitas humillaciones e incluso su presencia sacramental, bajo las especies del pan y del vino, es un permanente e infinito rebajamiento.

Cristo se distingue de tantas grandezas terrenales y celestiales por la humildad que es su virtud y su poder. Él, con toda su fuerza, llama a los hombres para que lo imiten en esta virtud. *Si yo, el Señor y el Maestro, lavé sus pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros (Jn 13, 14); aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29); les aseguro que si ustedes no cambian (del pecado de la soberbia) o no vuelven a ser como niños”...), no entrarán en el reino de los cielos. Por lo tanto, el que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el reino de los cielos (Mt 18, 3-4).*

La madre de Cristo, que se asemejó más a su Hijo divino y brilló por la más profunda humildad, le atribuyó la plenitud de las gracias recibidas y su maternidad divina únicamente a Dios, se tuvo a sí misma por humilde esclava y llevó una vida oculta y menesterosa, siendo esposa de un artesano pobre. Es por eso que el poder de Cristo la enaltecía en el cielo, y en la

tierra le concedió la gloria por su milagrosa intercesión y prodigios que suceden por todos los siglos.

Las huellas de Jesús y de la Virgen son seguidas por san José, quien a pesar de provenir de la estirpe de veintitrés reyes terrenales y de obtener la mayor dignidad espiritual por ser custodio del mismo Salvador y esposo de la Virgen santísima, llevó como artesano una vida pobre, despreciada y oculta, sustentándose del trabajo de sus propias manos.

Detrás de Jesús, María y José van los apóstoles, conocidos por su profunda humildad, la cual es descripta así por uno de ellos: Pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha puesto en el último lugar, como condenados a muerte, ya que hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y los hombres. Somos tenidos por necios a causa de Cristo, somos débiles, despreciados, sufrimos hambre, frío y sed, somos maltratados y vivimos errantes.¹⁶ Este mismo apóstol, al conocer el gran poder escondido en la humildad, deseó rebajarse más profundamente ante Dios y los hombres y lo llenó de gloria su propia debilidad para que residiera en él el poder de Cristo.¹⁷ Confiesa también que persiguió a la Iglesia de Cristo, que fue flagelado tres veces y azotado otras cinco con los treinta y nueve golpes. Por causa de esta humildad Dios lo ensalzó, le dio múltiples gracias e iluminaciones, fue arrebatado al tercer cielo y llevó en su cuerpo las cicatrices de Jesús, a quien amó con el amor de los ángeles; fue constituido maestro y apóstol de las naciones como él mismo confiesa en sus epístolas, que escribió guiado por el Espíritu Santo.

San Pedro, el príncipe de los apóstoles, con su compañero Juan, se alegró de haber sufrido injurias. Se humillaba diariamente llorando el pecado de negar a Jesús, y en el ocaso de su vida pidió que lo crucificaran cabeza abajo, por ser indigno de morir en la cruz de la misma forma que el divino Salvador.

También otros santos y santas de muchas naciones y de todos los tiempos colaboraron con su humildad en la construcción de la magnífica edificación llamada Iglesia. El que fue más humilde hizo mayores obras para la gloria de Dios y el bien de los hombres. Varias organizaciones de beneficencia y órdenes religiosas nacieron, existen y evangelizan gracias a la humildad de sus fundadores y sucesores de estos.

Incluso el bienestar temporal de las naciones depende de si los hombres que las conforman, especialmente los que ocupan puestos conducentes, son humildes o no. Porque sin humildad se apaga el amor al prójimo. El que desprecia a aquel que es de condición más humilde le arroja una moneda al mendigo para quitárselo de encima, pero en vano buscaríamos en él un vivo sentimiento de piedad por el infortunio del prójimo. En consecuencia, el que es despreciado y rechazado por los que tienen una mejor posición social les paga con resentimiento y odio, y así se rompen los vínculos que, según el designio divino, deberían unir a los hombres en una sola familia de Dios.

La virtud de la humildad cristiana exige de nosotros que no envidiemos las cualidades innatas o adquiridas que poseen otros, sino que nos alegremos de ellas, porque la Providencia es la que signa un lugar a cada hombre y le da una vocación para que cumpla las obligaciones impuestas sobre él, con lo cual podrá alcanzar la vida eterna y contribuir en la salvación de los demás.

¹⁶ 1 Cor 4, 9-12.

¹⁷ 2 Cor 12, 9.

Es así que la humildad inspira a colaborar con el pensamiento de Dios y su voluntad en la construcción de la sociedad. La carencia de esta virtud, además de la envidia -hija ilegítima de la soberbia- se opone a los designios divinos, rechaza lo que Dios quiere y dispone, deteriora y arruina la sociedad, disminuye los méritos del prójimo y reduce sus cualidades y derechos haciéndolo caer.

La soberbia es antisocial porque origina guerras, anarquía, discordias y divisiones, encierra a la gente en el aislamiento egoísta y finalmente produce la caída de las naciones y de la humanidad. La soberbia del capital irrita a los obreros, agudiza en ellos la venganza sangrienta y los empuja a tomar el camino de la lucha en bandos de cuchilleros. La arrogancia nacional derogó leyes internacionales, se abalanzó sobre el idioma y la religión de otros y armó los pueblos de pies a cabeza contra todo orden divino y humano. La ciencia es buena si respeta la religión verdadera que se funda en la humildad. Esta virtud hará que Dios se apiade de nosotros; ella nos enseñará cómo alcanzar su benevolencia, acarreará todas las virtudes y sustituirá todos los bienes.

Aconsejo vencer la soberbia de nuestros enemigos, que amenazan con exterminarnos, no con enojos, manifestaciones ni fanfarronerías, sino con los frutos de esta virtud de Cristo que son: la paciencia, la sobriedad, la templanza en hablar y escribir, la modestia en el vestir y las fiestas, el trabajo intenso por el bien de la gente así como de los obreros, y sobre todo de los pobres en las aldeas. Así actuó el Salvador. Resucitaremos como individuos y como nación, moveremos el mundo entero y lo conduciremos por buenos caminos con el amor que se funda en la humildad, si con la palabra y la obra proclamamos que Dios no nos envió a ser servidos, sino a servir, especialmente a los pobres.¹⁸

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 3, pág. 18; 1902, N° 7, pág. 49.

La obediencia

Hoy les diré que la obediencia favorece a tal punto la armonía en el mundo, que se puede decir que sin ella no existiría el orden entre los hombres, familias y países. Sin embargo, no toda obediencia es virtud, sino la que se entrega por amor a Dios y la que cumple la voluntad de los superiores como si fuera la divina. Tampoco lo es el cumplimiento de las órdenes de los superiores en las cosas ilícitas, porque en ese caso es un servilismo.

La obediencia constituye el fundamento de la vida espiritual y el testimonio de la santidad, pues afirma otras virtudes y las hace entrar en el alma. Cuando el hombre obedece a los que representan a Dios en la tierra, le ofrece al Creador lo más preciado que posee, es decir, su propia voluntad. Es por eso que a Dios le agrada más la obediencia que los sacrificios, por más generosos y valiosos que sean. Con el mismo espíritu y respeto hemos de cumplir las disposiciones que el mismo Dios o sus sustitutos nos mandan.

Cuando san Pablo escribe: *hijos, obedezcan a sus padres en el Señor (Ef 6, 1)* quiere decir en todos los asuntos justos y lícitos. Es por ello que un niño debe obedecer a sus padres en todo lo concerniente a la casa y principalmente en lo que se refiere a las buenas costumbres, por ejemplo cuando le prohíben permanecer con algún compañero o visitar casas de reputación

¹⁸ Mt 20, 28.

dudosa. En tal caso, si no obedece está cometiendo un pecado. No obstante, si una madre mandara a su hijo a apropiarse de un objeto ajeno o a faltarle el respeto a una persona, él no debería cumplir la orden, porque pecaría. Más bien ha de tener en cuenta las palabras: *hay que obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hch 5, 29).

Cada persona es libre en la elección del camino de la vida, siguiendo la voz de Dios, pero si los padres viven una situación grave los hijos deberán cuidar de las necesidades de ellos y no abrazar la vida religiosa. Los padres pecan mortalmente cuando obligan a sus hijos a elegir el estado sacerdotal, religioso o matrimonial, porque cada uno ha de salvarse según la vocación singular que ha recibido de Dios. Pero quienes se sienten llamados y no obedecen a Dios, por instigación de sus padres, y acaban con mal fin se salvarán difícilmente. ¿Cuántas vocaciones erradas desconcertaron la vida de una familia?

Los padres deben respetar este llamado, porque ¿uno puede recibir mayor gracia que la de entregarse a Dios y alcanzar la santidad? Justamente tienen el deber de apoyar la decisión de sus hijos y ayudarlos a ser santos.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 4, pág. 28.

La confianza en la Virgen María

Hoy trataré sobre la confianza que hemos de poner en la Santísima Virgen María, porque navegamos entre grandes peligros, como en un mar tormentoso, tanto más en la medida en que la mayoría de la gente se hunde en los pecados repugnantes y se pierde para siempre. Incluso en los países enteramente cristianos y con muchos méritos para la Iglesia, las bases sociales están quebrantadas.

No nos desanimes ni desesperemos porque Dios, en su gran misericordia, nos ha dado una abogada y madre que es la santa madre de Dios, Santísima Virgen María. Ella dice por boca de la Iglesia: *el que me halla, ha hallado la vida y ha logrado el favor del Señor* (Prov 8, 35). Refugiémonos bajo su manto poderoso, y ella ciertamente nos salvará, porque es nuestra abogada valerosa y clemente que quiere hacernos dichosos por siempre.

Su intercesión es poderosa porque su Hijo Jesucristo, para honrarla, había establecido desde la eternidad que todas las gracias que él dispensa descendieran por medio de ella. Si queremos alcanzar alguna gracia divina, acudamos a la intercesión de la Virgen. Ella recibe todo lo que le pide a Dios. Ella, como Reina de los ángeles, manda a los espíritus celestiales a la tierra para iluminar, purificar y santificar a los hombres. Es por eso que la Iglesia, para despertar en los fieles la confianza en esta omnipotente intercesora, la invoca: “Virgen poderosa, ruega por nosotros”.

Su intercesión resulta tan poderosa, porque ella es la madre de Dios y porque la oración de una madre significa más bien un mandato que una súplica. Jesús, su hijo santísimo, atenderá siempre sus ruegos, también por motivos de agradecimiento, porque de ella tomó la carne humana y mientras estaba en la tierra, ella, como madre, lo cuidó tiernamente.

Jesucristo es omnipotente porque es Dios y María lo es por la gracia. Ella obtiene todo a través de la oración de súplica. Es así que el Hijo de Dios no puede dejar de escuchar a la

mejor madre, ya que ella no le negó nada cuando se hizo hombre. Por eso el pecador más grande, que gime bajo el peso de sus delitos puede recibir el perdón y salvarse por la intercesión de ella. Jesús considera como propia la gloria de su madre y, por sus ruegos, está dispuesto a salvar a los desesperados, ya sean personas o naciones enteras, con tal de que cambien de conducta y vivan según el mandamiento que él dejó.

Acojámonos con toda confianza bajo el amparo de la Madre de la misericordia, que dirige su mirada a los justos para que no caigan y a los pecadores para que se levanten. María, que viene en ayuda de todo aquel que recurre a ella por más pecador que sea, no sólo merece ser llamada misericordiosa, sino que es verdaderamente la Madre de la misericordia. Por su intercesión podemos indudablemente ser felices en esta vida y en la eterna, porque jamás se ha oído decir que nadie de los que han recurrido a su protección haya sido abandonado, inclusive el más pobre. Es por eso que, por voluntad de Dios, ella es Madre de la misericordia y Reina nuestra.

Como una buena madre cuida más a sus hijos enfermos y a los que sufren, así también la Virgen María vela en particular por los hombres y pueblos caídos, los recibe bondadosamente cuando llegan con el firme propósito de enmienda, cura sus heridas y logra para ellos abundantes dones y gracias, tiene en cuenta la intención que los acompaña y no mira cuán numerosos y grandes son sus pecados. Busquemos la gracia que hemos perdido, y llenos de confianza elevemos nuestros ojos a ella que seguramente la va a hallar para nosotros.

Obedientes a la Sagrada Escritura que advierte: *maldito el hombre que confía en el hombre* (Jr 17, 5) no busquemos la salvación en las naciones ni la ayuda en la opinión pública que, a la vista de todos, injuria a la justicia y se postra ante los ídolos materiales. Tampoco confiemos en nuestras propias fuerzas y la razón, porque Dios le reprochó a su pueblo que puso la confianza en ellas y no en él.

La Virgen puede más que los ángeles y los santos conjuntamente, y que todas las naciones y los poderosos de este mundo. Ella nos libraré también de los peligros actuales, con la condición de que no pequemos más, vencamos en primer lugar la soberbia, el odio y la envidia, que son la única causa del azote divino. Nuestros pecados son como vientos que hacen venir la tempestad del castigo temporal y ese dolor no cesará si no eliminamos la espina de la maldad.

Amémonos los unos a los otros, soportando pacientemente los vicios de los demás y haciendo el bien al prójimo, ante todo a los que son nuestros conciudadanos. Así, nosotros misericordiosos seremos tratados con misericordia, porque las obras de misericordia atraerán indefectiblemente grandes bendiciones sobre toda la nación. De esta manera mereceremos ser admirados por los pueblos y ángeles y la Virgen María, nuestra Reina, pondrá su brazo para inclinar el fiel de la balanza de la justicia a nuestro favor.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 5, pág. 34.

La esperanza

Hoy hablaré de la esperanza, que es la convicción natural de poder alcanzar un futuro mejor o lograr lo que se ha deseado. Este impulso interior tiene una increíble fuerza, capaz de mover

el mundo. Con la esperanza de ver una abundante cosecha, el agricultor trabaja con el sudor de la frente. Para obtener mejores ganancias, el navegante expone su vida a los peligros de la naturaleza. A fin de recibir buena paga, el obrero brega días enteros. Con el objeto de prepararse un futuro mejor, la juventud estudia con dedicación. Para obtener el premio eterno, el cristiano lleva pacientemente las cruces cada día y templa las pasiones.

A fin de elevar, perfeccionar y santificar aquel convencimiento natural, Dios infunde una virtud sobrenatural, que llamamos esperanza cristiana. Gracias a ella esperamos de la misericordia divina y por los méritos de Jesús llegar a la gloria eterna y tener a nuestro alcance los medios para ello. Esa dicha será el mismo Dios, a quien veremos cara a cara.

Los medios que nos conducen a la felicidad eterna son la gracia santificante y la auxiliar; la remisión de los pecados y la luz para conocer las verdades de Dios; los sentimientos piadosos; la pureza y la serenidad de la conciencia; las virtudes como la castidad; los bienes sobrenaturales y los temporales, como por ejemplo la salud, las fuerzas, la dignidad, la felicidad, el éxito, la fama y el bienestar, siempre y cuando se los desee y pida como medios que facilitan alcanzar la salvación. Si estos medios no ayudan sino que impiden llegar a Dios o nos alejan de él, lo cual desgraciadamente sucede con frecuencia, son contrarios a la esperanza por no estar de acuerdo con la voluntad de Dios.

La vida de los santos, a quienes debemos imitar, evidencia que ninguno de ellos codiciaba bienes materiales, ni honores, ni fama, ni riqueza, sino que renunciaba libremente a ellos para cultivar la esperanza firme en Dios, quien nunca falla.

No hemos de darle excesiva importancia a los bienes de este mundo, porque no todos ayudan a la salvación, debemos más bien pedir y procurar los medios que nos conducen a la felicidad eterna. Depositemos nuestra esperanza en el cielo y no la enterremos, porque entonces se perderá. Nosotros esperamos en Dios, porque él es fiel, se acuerda de sus promesas, y en su gran misericordia puede salvarnos. Pidámoselo tan sólo por los méritos del Salvador que dijo: *Yo haré todo lo que ustedes pidan en mi nombre (Jn 14, 13)*. Esta promesa nos da la certeza de llegar a la dicha eterna y de obtener la ayuda de Dios para alcanzarla. Dudamos de nuestra salvación, porque sentimos las malas inclinaciones y sucumbimos a las tentaciones que nos arrastran al pecado. Por eso nuestra esperanza debe estar unida a un miedo reverente y a un santo temblor, y más aún, si en el pasado hubiéramos caído gravemente.

Para obtener la santa perseverancia debemos poner toda la confianza en Dios y no en nosotros. El hombre se privará de la ayuda del Señor y caerá en pecado si cree poder resistir a las tentaciones con las propias fuerzas, en vez de refugiarse en Dios para recibir la protección que él prometió como dice la Sagrada Escritura: *él se entregó a mí, por eso, lo libraré y lo protegeré (Sal 91/90, 14); los que se refugian en el Señor no serán castigados (Sal 34/33, 23)*.

Cuando tus fuerzas se debiliten, suscita la esperanza con la siguiente oración: Dios mío, confiado en tus infalibles designios, por los méritos de Jesucristo, espero llegar a la gloria celestial y obtener los medios para alcanzarla, porque tú eres todopoderoso, misericordioso y fiel. De esta manera fijarás un ancla en el cielo para resistir las tempestades del mundo que arrastran a tantos. ¿Es posible que un mortal se revista de la inmortalidad para heredar la salvación? Eso no sólo es posible, sino cierto.

Creemos, pues, que el Hijo de Dios murió por nosotros, haciendo más de lo que prometió, porque es más difícil entregar la vida por los hombres que vivir con ellos; lo cual significa que si lo que es menos digno de fe se ha cumplido, más aún se cumplirá lo que es más digno de ella. Si Dios sufrió y murió por el hombre, con más certeza, vivirá con él en la eternidad.

Esta esperanza avivaba especialmente a los santos, confesores, vírgenes y mártires, concediéndoles el espíritu de la entrega incondicional, cuyo ejemplo nos da Adriano, un oficial del ejército romano. Un día, cuando custodiaba a los cristianos para entregarlos posteriormente al martirio, les preguntó por la recompensa que pensaban obtener a cambio de estos crueles tormentos. Ellos le contestaron que sólo esperaban alcanzar la gloria que su Dios les había prometido, *lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman (1 Cor 2, 9)*. Estas palabras, la entereza, la paciencia y el martirio de los cristianos, a quienes perseguía, lo conmovieron de tal manera que se hizo cristiano y entregó su vida por la fe.

Es necesario poseer la esperanza para redimirse, pero ella sola no basta; hacen falta obras que la acompañen para que sea una esperanza viva. El Salvador cuando enseñaba dijo: *busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura (Mt 6, 33)*. En el padrenuestro nos recomienda pedir primeramente los bienes espirituales relacionados con el aumento de la gloria de Dios y con nuestra salvación, y luego los que constituyen nuestro bien temporal; antes de librarnos del mal, de la culpabilidad, de no dejarnos caer en la tentación y luego de otros peligros. *¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? (Mt 16, 26)*.

Santo Tomás sostiene que el deseo moderado de los bienes temporales, no es pecaminoso en sí mismo, pero puede ser tal cuando los deseamos como si toda nuestra felicidad dependiera de ellos.¹⁹ Porque el camino para llegar a la dicha temporal y la eterna es la búsqueda de Dios y de su justicia, y quien invierte esta orden se priva de esas felicidades.

Finalmente nuestra esperanza ha de ser cierta, firme e inquebrantable porque no nos apoyamos en las criaturas, sino en Dios mismo, dador de todo bien, según instruye la Sagrada Escritura: *es mejor refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres; es mejor refugiarse en el Señor que fiarse de los poderosos (Sal 118/117, 8-9)*.

El recién mencionado teólogo angelical, enseña que dado que la esperanza busca la bienaventuranza eterna y los medios para alcanzarla, debemos esperar en los hombres no como dadores independientes sino como instrumentos e intercesores²⁰, por quienes Dios nos concede lo que necesitamos para la salvación. Es así que no debemos poner nuestra esperanza en la gente sino únicamente en Dios, fuente de toda gracia y de todo bien, e incluso garantía de las cosas que vemos. Sin su voluntad y su beneplácito nadie puede hacernos ningún bien. En consecuencia, todo lo que el hombre posee y hasta su vida dependen de él. Entreguemos entonces todas nuestras preocupaciones a Dios, quien cuida de nosotros.

En menor medida debemos confiar en nosotros y creer que con nuestras fuerzas resistiremos las tentaciones, mantendremos la inocencia del corazón y haremos algo meritorio para la salvación. Apoyados en nuestras propias fuerzas tropezamos y caemos siempre en el pecado.

¹⁹ *Suma de Teología*, II-II q. 118, a. 1.

²⁰ *Ibídem*, II-II q. 17, a. 4.

Es por eso que Dios, a través del profeta Oseas hace la siguiente pregunta: *en tu destrucción, Israel, ¿quién podrá socorrerte?* (13, 9).

Los santos son ejemplos de la esperanza firme. Abraham constituye un caso ejemplar, porque como decía san Pablo: *esperaba contra toda esperanza* y creyó que Dios, según la promesa que le dio, lo haría padre de todos los creyentes.²¹ Otra actitud digna de imitar es la de Job, un gran justo, que repetía: *aunque quiera matarme, lo esperaré* (Job 13, 15). También el rey David oraba: *Señor, mi roca, mi fortaleza y mi libertador, mi fuerza salvadora, mi baluarte* (Sal 18/17, 3); *mi esperanza está puesta en ti* (Sal 39/38, 8). San Pablo, con la expresión: *la esperanza no falla* (Rom 5, 5) confirma que esta virtud nos ayuda a alcanzar las cosas que Dios prometió. San Ambrosio aconsejaba no desesperarse en una necesidad, sino esperar la ayuda de Dios con paciencia y entrega, porque cuando el peligro es mayor su apoyo es más próximo. San Ignacio de Loyola decía que cuanto más imposible parece una cosa, más debemos confiar en Dios, porque cuando la ayuda del hombre se acaba, allí viene la mano divina.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 6, pág. 42.

La conformidad con la voluntad de Dios

Hoy propongo una reflexión sobre la conformidad con la voluntad de Dios. Podemos amar a Dios de distintas maneras, pero el modo más perfecto y seguro de complacer a nuestro Creador y Redentor es hacer su santísima voluntad, lo cual significa observar sus mandamientos y preceptos, así como también soportar pacientemente los sufrimientos que él permite. *El que recibe mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama; /.../ el que me ama será fiel a mi palabra... el que no me ama no es fiel a mis palabras* (Jn 14, 21. 23. 24) - enseña Jesús. ¿Pudo el divino Salvador indicarnos más clara y precisamente en qué consiste su amor y cuáles son sus expresiones? Cumplir su palabra y la voluntad de aquel que lo envió significa observar los mandamientos de Dios y los preceptos e instrucciones que Jesús mismo nos dejó con palabras y ejemplos.

Para muchos resulta muy difícil entender por qué Dios quiere que aceptemos los sufrimientos, padezcamos la persecución y soportemos las catástrofes naturales, injusticias y daños inicuos. Las palabras de Jesús: *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga* (Lc 9, 23) nos invitan a seguirlo por medio de la aceptación paciente de los sufrimientos y las molestias de la vida. Las lágrimas y enternecimientos no constituyen un signo seguro de amar a Dios. Tampoco lo es el hecho de pasar mucho tiempo en la iglesia, ni la frecuente recepción de los sacramentos, ni el ayuno riguroso y la limosna generosa, dignos por cierto de elogio y recomendación. La conformidad con la voluntad de Dios constituye una prueba, más que fehaciente, de que amamos a Dios.

San Gregorio enseña que se contradice a sí mismo y es un mentiroso quien confiesa amar a Dios, pero cuyas obras expresan que no guarda las palabras de Jesús, a saber: aquel que busca los placeres, no domina la ira y la soberbia y no perdona rencores; no desprecia los honores, dignidades, la fama y la riqueza; no hace el bien a los que lo persiguen; no es manso y humilde de corazón y no lleva la cruz cada día. Pues que cada uno se pregunte: ¿amo verdaderamente a Dios? Pero que no crea ciegamente en el corazón, sino que mire si la respuesta está en las obras; que investigue lo que dice la lengua; que analice lo que piensa la

²¹ Rom 4, 18.

mente; que examine la imaginación para saber con qué está ocupada; que explore la concupiscencia para percibir a qué tiende; que examine los sentidos para conocer con qué se alimentan. En una palabra, que vea si toda su vida es acorde a la enseñanza del Salvador, si lo imita y si se guía según su evangelio. Sólo una respuesta favorable a estas preguntas puede confirmar que uno ama a Dios. Debemos aceptar la voluntad de Dios, Creador y Señor nuestro, porque él así lo quiere. Él permite usar los medios humanos para eliminar o por lo menos aliviar nuestros sufrimientos y tribulaciones, curar las enfermedades, defendernos de los peligros y fuerzas agitadoras de los elementos naturales, el hambre y el frío, la muerte precoz y la perversidad ajena. Y cuando los medios naturales se muestran ineficaces, quiere que reconozcamos los designios eternos de Dios e incluso digamos animosa y obedientemente: Señor, que se haga tu voluntad.²²

Es cierto que a través de la calumnia y el ultraje nos han causado un gran daño; que con el robo se nos privó de un objeto de valor; que la sentencia injusta fue en detrimento de nuestro honor y bienes; que por subyugación injusta nos arrebataron la más apreciada libertad. No obstante Dios, que desde luego no elogia la maldad de estas acciones, quiere claramente que seamos humillados, suframos pérdidas y soportemos las molestias y cruces que nos impone la gente de mala voluntad, para que así practiquemos la humildad, la paciencia y el amor a los enemigos, para que expiemos nuestros pecados, avancemos en nuestra santidad y nos salvemos, tanto más por cuanto él mismo, siendo hombre, los padeció.

Debemos entonces llevar las cruces sin murmuraciones ni quejas, y aceptar completamente la voluntad de Dios, que dispuso todo eso en su gran amor para con nosotros. Sin embargo podemos difundir, de palabra y obra, normas de buena conducta y así reducir el número de gente mala, y por ende el de los graves delitos. Podemos -sobre todo si tenemos un cargo superior- castigar a los malos, para contribuir a su enmienda y llevarlos por el camino de las virtudes. Pero debemos soportar los disgustos y daños que sufrimos por su causa sin murmuraciones, sin afán de venganza, sin represalias, sin ira ni odio, tan solo con docilidad y paz e inclusive con alegría, para cumplir así la voluntad del Altísimo tanto más por cuanto él cuando fue insultado no respondía con insultos; cuando fue golpeado no amenazaba; cuando lo estaban matando no se vengaba, sino que oraba y perdonaba de todo corazón.

En las mayores desgracias, tengamos en el corazón y en la boca las palabras del humilde Job: *El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!* (Job 1, 21). Los enemigos se llevaron sus rebaños y él, a pesar de todo, no dice que ha sido por la actitud de la gente, sino que Dios se los había quitado. Lo mismo hemos de considerar y decir nosotros si deviene un perjuicio, y cuando termine la prueba renaceremos, prosperaremos y seremos conocidos ampliamente, siempre y cuando todo sea para la mayor gloria de Dios y nuestro bien espiritual.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 7, pág. 51.

La necesidad y los modos de templar las pasiones

Hoy haré un comentario sobre la necesidad y los modos de templar las pasiones que se hallan en el corazón de cada persona. Cuando no son dominadas por la mente y la libre voluntad,

²² Mt 26, 42.

pueden espigarse de tal manera que arrastran a toda persona contra la voluntad divina, con perjuicio temporal y eterno. Nuestra santidad y el destino dependen de si hacemos fielmente la voluntad de Dios, es decir, si lo amamos. Justamente las pasiones no templadas pueden privarnos de la felicidad presente y futura. El mismo Salvador cuando dice: *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga* (Lc 9, 23), advierte que todo aquel que desea ser amado por él debe renunciar a las apetencias y pasiones, templarlas y crucificarlas. Es un deber nuestro y una lucha difícil, pero necesaria, y a decir verdad, no es larga en comparación a la eternidad.

Sólo cuando son dominadas las pasiones desaparecen los obstáculos que impiden amar perfectamente a Dios y al prójimo; luego, para alcanzar las alturas del amor divino, se deben practicar virtudes como la humildad, la mansedumbre, la benignidad, la paciencia, la obediencia y la pureza, entre otras. Sin dominar y templar la concupiscencia y las pasiones que ennegrecen, aturden y nos hacen perder temporal y eternamente no se puede practicar las virtudes morales. Porque ¿cómo ser humilde si en el corazón reina el deseo apasionado de la altivez, o sea de la soberbia? ¿Cómo ser manso y benigno cuando la ira inmoderada nos agita? ¿Quién puede ser paciente cuando lo inquieta y entristece cualquier fracaso? ¿Cómo tener el alma y la mente puros si una persona u objeto ocupan toda nuestra atención? ¿Quién será obediente si el odio y la aversión lo dominan?

El primer deber de cada cristiano es combatir los movimientos de la concupiscencia para alcanzar una mayor perfección. Con toda razón san Agustín sostiene que “el aumento de la caridad es la disminución de la pasión”,²³ es decir, que florece la perfección cristiana. Vemos una bella imagen de esto en las Escrituras. Así es como Yahvé ordenó a Moisés hacer dos altares: uno de bronce delante del Templo, para ofrendar sobre él los holocaustos de bueyes y ovejas, y otro de oro, adentro, para ofrecer sacrificios de incienso. El primer altar representa las mortificaciones y el aniquilamiento de nuestras pasiones, y el segundo, que se encendería del fuego tomado del altar de bronce, significa el amor en el cual nuestra alma, como el humo de una leña perfumada, se eleva al trono del Creador. Para encender este amor en el interior del templo, o sea el santuario de nuestro corazón, se ha de tomar el fuego de los becerros que se extinguen, es decir destruir las pasiones mediante la mortificación o dar muerte al hombre viejo con sus malas inclinaciones, concupiscencias e impulsos. Es un deber nuestro, porque como dice la Sagrada Escritura, la vida del hombre *es una servidumbre sobre la tierra* (Job 7, 1).

No se pueden destruir ni arrancar las pasiones del corazón que no se hagan sentir nunca más ni sean causa y estímulo del pecado, incluso venial, como tampoco se puede alcanzar la santidad perfecta en esta vida. Podemos controlarlas en cierta medida, como para que no nos impidan amar a Dios y al prójimo, y que no dominen a la mente sino que sea a la inversa. Por medio de la mortificación podemos debilitarlas, quitarles cierta fuerza y evitar así que tengan dominio excesivo sobre nosotros.

Mediante la meditación y el examen de conciencia se ha de descubrir la pasión dominante, la más peligrosa y que nos perjudica en mayor grado, y al conocerla como a un enemigo interior, declararle entonces una lucha firme e implacable, sin darle tregua nunca, y perseguirla en todo momento y lugar para exterminarla. Cuando templemos la pasión capital deberemos luchar inmediatamente contra la que se le parece, y esta batalla será más fácil. Para poder proceder

²³ Ochenta y tres cuestiones diversas, 36.

así debemos alimentar frecuentemente la mente y la imaginación con la lectura espiritual, a fin de que la voluntad y los sentimientos la deseen ardientemente.

“Ay, cuán vil y baja me parece la tierra, cuando miro el cielo; estiércol y basura es”, decía san Ignacio de Loyola.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 8, pág. 59.

La pureza

Hoy explicaré lo que habían dicho los Padres de la Iglesia y maestros de vida espiritual, cuando enseñaron que la pureza influye de la forma más valerosa en nuestra santificación. Ella templata la concupiscencia de la carne, la más fuerte y vehemente de todas las pasiones. Para dominar y vencer ese gran enemigo, hace falta la gracia divina y mucha fuerza de voluntad. Por lo tanto, la pureza pertenece a lo más noble y perfecto y necesita mayor vigilancia y dominio de sí. La sabiduría de Dios la recomienda de esta manera: *más vale ser virtuoso, aunque sin hijos; pues la virtud se inmortaliza en el recuerdo y es reconocida por Dios y por los hombres* (Sab 4, 1).

La santidad consiste en unirse a Dios, nuestro fin último. Debido a que la castidad nos aparta de las cosas de este mundo y eleva nuestra mente y nuestro corazón a las realidades celestiales, nos une en estrecho vínculo de amor con nuestro Señor y Creador y nos procura la santificación del alma. Jesús afirmó esta verdad evidente de la siguiente manera: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8).

Ver a Dios en esta vida con los ojos del alma significa conocerlo perfectamente, y quien lo conoce debe amarlo y unirse enteramente a esa Bondad y Suma Belleza, es decir, a la más pura y no creada Verdad. *El que se une al Señor, dice san Pablo, se hace un solo espíritu con él* (1 Cor 6, 17), en consecuencia, es puro, perfecto y santo. Y si mantiene su cuerpo sin mancha, con toda seguridad, elevará el alma a la cumbre de la perfección humana, o sea, a la santidad. Con razón la pureza nos santifica.

La Iglesia, en el oficio sacerdotal para la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, confiesa que con la pureza devienen todos los bienes²⁴, es decir, infinidad de virtudes y gracias, porque esa virtud, por apartar al hombre de la corruptibilidad del mundo, lo eleva en el más alto grado a las realidades celestiales, lo ennoblece, lo santifica, crea en él una pureza semejante a la divina, le enseña a vivir como el mismo Creador y sus ángeles y *lo hace estar cerca de Dios*, según el Libro de la Sabiduría.²⁵

Jesús, que amó la pureza de manera incomparable, fue virgen, hijo de una virgen, único esposo de las vírgenes, y quiso tener por custodio a José, virgen, debe querer también a los que se asemejan a él. Pues cuanto más se parece uno a Jesús debe poseer la pureza más excelente. En efecto, quien desea gozar de mayores gracias y de una amistad más profunda con él debe cultivar la más perfecta pureza.

²⁴ Sab 7, 11.

²⁵ Sab 6, 19.

María amó tanto la virginidad que no dudó en expresar su propósito de conservarla en la perspectiva de la maternidad divina, en caso de que fueran incompatibles. Por éste, su amor a la virginidad, Dios la ha elegido como madre de su Hijo, la ha enaltecido sobre todas las criaturas y la ha enriquecido con toda gracia posible. La más sublime pureza fue su singular privilegio, por el cual el mundo la conoció. Fue de esa virtud que la Virgen tomó el nombre. Muchos años antes de su nacimiento un anuncio profético la llama virgen²⁶ y de generación en generación la llamarán virgen, Virgen santísima, Virgen de las vírgenes. Con su pureza, como por encanto, atrajo al Hijo de Dios a su vientre. Por esta virginidad mereció la dignidad inconcebible de ser madre de Dios, si es que una criatura fue digna de recibirla. Por ser virgen en su cuerpo, virgen en su alma y virgen por su decisión, el ángel que la visita, la saluda: “llena de gracia” y le anuncia que el Poderoso ha hecho obras grandes por ella. Quien desea hallar una gracia y amparo especial en la Santísima Virgen María debe imitarla en la pureza y cuanto más avanza en esta virtud, más apoyo recibe de ella.

Al entender así esta virtud, los santos de todos los tiempos y naciones abandonaron todo y siguieron a Jesús; se apartaron de lo más precioso que poseyeron y se entregaron enteramente a él. Este desprendimiento por el amor perfecto a Dios adornó sus almas de hermosura, que el corazón del esposo divino admira, diciendo a cada uno de ellos: *¡Escucha, mira y presta atención!* -renuncia a todo amor humano, aunque sea el más noble- y *el rey se prenderá de tu hermosura* (Sal 45/44, 11-12); en la medida en que te apartes del mundo y permanezcas puro serás santo, hermoso de espíritu y agradable ante Dios.

Después de la Virgen María, Jesús no amó tanto a ningún santo como a san José, que conservó la pureza virginal y fue custodio de la castidad virginal de María. También amó peculiarmente a Juan, porque fue el más puro de los apóstoles y mereció llamarse discípulo a quien Jesús amaba.²⁷ Este apóstol en la última Cena, con la manifiesta confianza que puede expresar un amigo a otro amigo, se reclinó sobre el pecho de Cristo y le hizo una pregunta que ni siquiera el mismo Pedro se atrevía a formular. Porque durante toda su vida guardó la pureza, como sostiene san Jerónimo, el Señor le revela a él los secretos de la historia y le concede otras bondades como premio. Por ser casto mereció recibir el máximo honor de cuidar a la madre de Jesús, como si fuera un hijo de ella.

Cuando leemos la vida de los santos, vemos que el esposo divino de los y las vírgenes concedía más gracias a los que más amaban la pureza, a saber: san Bernardo, santo Tomás de Aquino, san Vicente Ferrer, san Antonio de Padua, san Francisco Javier, santa Teresa, santa Catalina de Sena, san Luis Gonzaga, san Estanislao Kostka y san Andrés Bobola.

En el reino de los cielos, como narra el discípulo que Jesús amaba, el Cordero será acompañado por los elegidos, que en la frente tendrán escrito el nombre “virgen” y quienes cantarán un canto nuevo que nadie podrá aprender, sino los que han sido vírgenes. Ellos seguirán al Cordero adondequiera que vaya.²⁸

No hay nada de lo que san Pablo hable con tanta fuerza y entusiasmo como de la pureza. La menciona y recomienda en todas las epístolas que escribió a ciertas personas, como Timoteo, o a las comunidades que eran las Iglesias de los hebreos, romanos, tesalonicenses y corintios.

²⁶ Is 7, 14; Mt 1, 23.

²⁷ Jn 19, 26.

²⁸ Ap 14, 1-5.

La pureza, al ser una virtud de tan extraordinaria belleza celestial es, a la vez, tan inmensamente difícil para conservar sin mancha, que los Padres de la Iglesia la denominan “virtud angelical”, como si superara las fuerzas de la débil naturaleza humana. Además la llaman así porque ella hace que el hombre, cuando la practica, se asemeje a los espíritus celestiales, quienes por ser criaturas puramente espirituales, son puros y sin mácula por naturaleza. Para llegar a ese grado de castidad se debe practicar la humildad. Es preciso recordar que el hombre es un “vaso de barro”, y con una palabra, más bien con una sola mirada, puede perder la pureza. Pues no ha de confiar en sí mismo ni exponerse a los peligros, sino tener en cuenta que con sus propias fuerzas, sin la gracia de Dios, no puede hacer nada; debe temblar ante las fragilidades y debilidades de la naturaleza humana y poner toda la confianza en Dios, quien nunca abandona a los humildes. Ante estos riesgos, ni siquiera las canas protegen al hombre. La soberbia resulta ser un veneno que intoxica cada virtud, y en particular, la que es más difícil y bella de todas.

San Cipriano dice que, en lo que respecta a la pureza, mejor es ser desconfiado que estar demasiado seguro, porque este tipo de confianza presenta frecuentemente una arrogancia que afirma lo que dice la Sagrada Escritura: *El que ama el peligro perecerá en él* (Eclo 3, 26).

La vigilancia, que la humildad despierta, se presenta como otro medio para perseverar en la pureza. El camino estrecho y precipitoso lleva a cuidar cada paso para no resbalarse y caer. Sabemos que este tesoro lo llevamos en un vaso de barro y que el enemigo incansable, astuto y cruel asecha, aprovechando cada descuido para arrebatárnoslo y causarnos el mayor daño.

Tú vigila, obediente a la palabra de Dios que llama frecuentemente a velar. Observa cada reacción de los sentidos, para resistir a las tentaciones y controlarlas antes de que se rebelen con más fuerza. También mortifícate en cada momento, porque es más fácil apagar una chispa que un incendio, sabiendo que cuando las pasiones se desordenan se convierten en vicios; vela por todo porque cada cosa, por pequeña que sea, puede ser ocasión de pecado sin la vigilancia; cuida con esmero la imaginación, porque nada causa tanto daño a la pureza como las vanas ilusiones e imaginaciones, que quieren entrar en el santuario del corazón; vigila el corazón y doma enseguida los afectos naturales y el apego desordenado a las amistades particulares y sensuales; disciplina los sentidos, mortifica singularmente la vista; vela incluso por el fervor y los sentimientos, para no ser el *insensato que empezó por el Espíritu, para acabar ahora en la carne* (Gál 3, 3).

Vigila y ora, porque la oración resulta ser el tercer medio, sin el cual no recibimos nada de Dios y debemos pedirlo todo. Pero cuando se trata de las cosas importantes y difíciles, la oración debe ser extraordinaria, fervorosa y perseverante como nunca. Principalmente en los momentos de tentación debemos orar a la Inmaculada Virgen María, encomendarnos a ella cada día y en la hora de la muerte.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 9, pág. 68.

El recogimiento del corazón

Hoy hablaré sobre el recogimiento del corazón, que constituye la primera condición para alcanzar la santidad y significa vigilar la imaginación, la memoria y los sentidos para permanecer en presencia de Dios, nuestro fin último.

Cuando un pecador desea sinceramente volver a Dios, comienza a reflexionar sobre su vida, modera los placeres y goces de este mundo, que lo seducen a través de la imaginación o la memoria y presta atención a la voz de su conciencia que resuena más clara y fuertemente a medida que domina más la distracción exterior. En el interior oye que la imagen de este mundo, su gloria y los placeres de la vida pasan y que sólo Dios, su santidad, su bondad y su justicia quedan por siempre. Esta voz le dice: ante esa santidad-¡siente vergüenza de tus propios pecados!; ante esa bondad-¡reconoce ser muy ingrato!; ante esa justicia-¡tiembla! Debes entonces enseguida ponerte al servicio de Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu alma.

En la siguiente proyección la imaginación y la memoria le ofrecen bienes seductores y pasajeros al hombre y los sentidos lo tientan, sugiriendo usar las atracciones del mundo, pero él dirige sus ojos hacia Dios y exclama: ¡Quién como Dios! ante él todas las cosas del mundo, como la riqueza y los honores son vanidad de vanidades, no son nada e indignos de entrar en mi corazón al cual no saciarán, porque solamente Dios puede colmarlo y satisfacerlo para siempre. En consecuencia se disipan las tinieblas y una luz sobrenatural colma el alma que contempla a Dios y oye su voz, quien la llama a hacer su voluntad, guardar los mandamientos, ser siempre fiel y no oponérsele. Cuando esta alma se ve incitada a pecar grita - *¿Cómo entonces voy a cometer un delito tan grave y a pecar contra Dios?* (Gn 39, 9). *¿Cómo podré ofender a Dios, pecar contra mi Señor y pisar los mandamientos ante sus ojos que me ven, su infinita grandeza que me colma de adoración, su belleza que me fascina, su bondad que me conmueve en el fondo de mi corazón y su justicia que me atemoriza?*

Esta contemplación ilumina el alma, la hace más pura, más fuerte, más poderosa, más santa, más libre, más alegre y más rica en virtudes y méritos para la vida eterna. También despierta en ella el deseo de practicar nuevos actos de virtudes, la anima a orar más para conseguir otros dones y gracias, porque en la oración se derraman múltiples bendiciones. El alma recogida se vuelve permanentemente contemplativa y orante. Siempre pide y siempre recibe, porque suplica con atención, respeto, confianza y caridad.

Sin recogimiento no se puede orar bien y cuando no hay una buena oración resulta imposible vencer las tentaciones, estar en estado de gracia ni avanzar en las virtudes, en consecuencia la persona retrocede y cae. En cambio, el estado de silencio permite orar con el espíritu y entendimiento, sentir un maravilloso goce sobrenatural que suscita el mismo Espíritu Santo; procura gracias celestiales, multiplica obras buenas o más bien les da el valor sobrenatural cuando, de por sí, son pequeñas e insignificantes.

En este recogimiento el alma dice: Dios me mira y estará contento de mí, si todo lo hago por amor a él. Esta advocación contiene una increíble fuerza, que arranca al hombre del adormecimiento espiritual, purifica sus intenciones, enciende su fervor y les da el valor sobrenatural a sus obras aunque sean las más pequeñas. Así la persona no pierde los méritos para la vida eterna porque trabaja por amor a Dios, para agradarle y para que este esfuerzo sea digno de él, y no para complacer al mundo ni las propias inclinaciones naturales.

El recogimiento desprende el corazón de las cosas creadas, y en efecto el alma se une a Dios y todo lo demás toma por nada. El que mira al cielo le tiene asco al mundo, no va en busca de las cosas de esta tierra, porque encontró tesoros perdurables que lo hacen feliz por siempre. En efecto nace en su corazón el ardiente deseo de la salvación y de cumplir los designios de la Providencia. Es así que desea únicamente lo que Dios quiere y tal como él quiere. Qué

felicidad le llega al corazón cuando, en este recogimiento, encuentra a Dios, y en él todo lo que puede ser verdaderamente bueno. Entonces el alma goza de la pureza perfecta, la paz inalterable, la alegría en el Señor y la felicidad, que se asemeja al gozo eterno.

Alcanzaremos la plenitud de la felicidad en el cielo, pero ahora -pregustándola por medio del recogimiento del espíritu- anticipamos ese banquete celestial. Cuando el alma recogida contempla a Dios en toda su majestad, gloria y belleza, se arrebata hacia él, lo ama de todo corazón y es incapaz de ofenderlo. El recuerdo permanente de Dios, consecuencia del recogimiento, nos libra de todo lo que puede perturbar la paz del alma, calma las pasiones, templamos los vanos apetitos y disipa toda clase de temores. Quien recuerda la presencia de Dios todopoderoso no se inquieta por nada, pues éste, como un verdadero padre, lo ama y cuida con más ternura que una madre que asiste a sus hijos.

Ante un eminente destierro, san Juan Crisóstomo expresó, sin perplejidad ni temor: *Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella* (Sal 24/23, 1). ¿A qué sitio podrán enviarme en el que no esté mi Dios, cuidando de mí?

Cuando uno, en recogimiento, desprecia las cosas pasajeras y se entrega a las espirituales, experimenta una visión del reino de Dios, es decir, la paz y el gozo en el Espíritu Santo. Jesús lo visita con su gracia abundante, porque encontró en él una morada digna, y conversa con él de tú a tú, lo consuela y le muestra los frutos de la tribulación que lo esperan. De esta manera el alma goza de una suave, abundante e indecible paz que el mundo no puede dar y establece una singular intimidad con Jesús, admirada por el cielo.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 10, pág. 76.

Amigo de Dios

Hoy les explicaré que nosotros no sólo podemos sino que debemos ser amigos de Dios, lo cual constituye nuestro honor y alegría. Él mismo dice que un amigo fiel es un refugio fuerte y que quien lo encuentra ha encontrado un tesoro.²⁹ El amigo confía en el amigo y se apoya en él como sobre sí mismo; le confía las ideas y asuntos que trata; se entrega sin división ni objeción; no teme ningún esfuerzo ni sacrificio por su bien; comparte generosamente con él sus bienes, no los considera perdidos y quiere tener todo en común, porque lo ama como a sí mismo; ama no sólo al amigo sino todo lo que le pertenece a su amigo; exige que se devuelva amor por amor para sobrellevar los sufrimientos, luchas e injurias.

Tal amigo para nosotros es Dios, que en Jesucristo se adelantó con su amor, nos anunció los misterios de su reino, nos confió su cuerpo y su sangre preciosísima y nos llamó para trabajar por ese reino. Él dice explícitamente que será nuestro amigo si nosotros hacemos su voluntad. Cumplirla y guardar los mandamientos constituye para nosotros el mayor honor y felicidad e inclusive, con su gracia, resulta una cosa fácil e infinitamente beneficiosa.

Jesús promete dar a sus amigos todo lo que pidan al Padre del cielo en su nombre, y estar con ellos como amigo benevolísimo y poderosísimo. Él dijo: quien permanece en mí, yo estaré en él.³⁰ Él es un amigo no sólo infinitamente benévolo con nosotros y que se ofrece sin división,

²⁹ *Eclo* 6, 14.

³⁰ *Jn* 6, 56.

sino que se demuestra todopoderoso. Él es el Señor del cielo, de la tierra y de los ejércitos celestiales, que por Moisés anunció: *yo voy a enviar un ángel delante de ti, para que te proteja en el camino /.../ Si tú escuchas realmente su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y adversario de tus adversarios. Entonces mi ángel irá delante de ti.* (Ex 23, 20-23). Luego, a través de David, nos asegura que él nos encomendó a sus ángeles para que nos cuiden en todos nuestros caminos, para que no tropecemos contra ninguna piedra.³¹ Esta amistad que mostró Dios en aquellos tiempos, nos la ofrece a nosotros en una medida infinitamente mayor, porque se nos da como alimento en la comunión y entrega diariamente su cuerpo y su sangre preciosísima en el sacrificio del altar.

No hay que ser pusilánime, sino todo lo contrario, beneficiarse con plena confianza de esta amistad. La pusilanimidad equivale a un desprecio grave, porque cuando uno se desanima en las dificultades es como si le dijera al Salvador que su amistad se manifiesta ineficaz y sus promesas vanas, lo cual implica asestar una profunda herida al corazón de un amigo, que es el mismo Dios.

Acojamos con confianza y agradecimiento la bondadosísima ayuda de Dios y seámosle fieles, más aún porque él, con sus obras, dio pruebas de ser nuestro poderoso amigo. Él es el mismo ayer y hoy, y puede hacer cosas aún mayores. Por lo tanto, pidámosle que la gracia de la unión actual con él se afiance aún más por su sangre sacratísima, para que sea perfecta en la perpetuidad.

“Templanza y Trabajo”, 1899, N° 11, pág. 82.

El recuerdo de la presencia de Dios

Hoy señalaré que se debe tener el recuerdo de la presencia de Dios. La recomendación *camina en mi presencia* (Gn 17, 2) que Yahvé dejó a Abrán aconseja tener siempre los ojos fijos en Dios y llevarlo en los pensamientos y en el corazón, porque él está en todas partes. Pero nosotros, al no verlo, no nos ocupamos de él, no pensamos en él y ponemos mucha atención en las cosas de la tierra y en lo que nos rodea. Lo imaginamos como Creador y Señor que habita en el cielo, en tanto que él está muy cerca de nosotros, entre nosotros y en nosotros. Cuando actuamos conscientes de su presencia, todas nuestras acciones resultan ser buenas, e incluso meritorias de la vida eterna.

Los Patriarcas, como menciona la Sagrada Escritura, llegaron a ser hombres justos porque caminaron en presencia de Dios, con lo cual eligieron el más seguro modo de perseverar en el bien y de avanzar en la perfección. Es así, porque para que una rama dé frutas debe estar unida al tronco del árbol, y Dios para nosotros es un tronco en sentido espiritual. Para que nosotros, las ramas, podamos dar frutos de buenas obras debemos unirnos estrechamente a él y tenerlo siempre presente. Por eso san Gregorio Nacianceno aconseja que “es necesario acordarse de Dios más a menudo que de respirar”.³²

Frecuentemente la gente estalla en cólera, odia, envidia, es avara, comete graves delitos, desperdicia el tiempo y los dones, porque no recuerda a Dios, que está a su lado. Si se acordara de él no cometería pecados graves y leves. Porque si la presencia de otros de por sí

³¹ *Sal 91/90, 11-12.*

³² *Discursos teológicos, 1, 4.*

previene tantos pecados, ¡cuántos menos cometeríamos si nos acordáramos de Dios, nuestro Señor y Juez!

Acordarse de Dios y no avanzar en la santidad resulta imposible, porque sería como aproximarse al fuego y no recibir su calor. Como dice el proverbio: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Si nos acercamos a Dios, que es perfección infinita y amor inextinguible, debemos asemejarnos a él, calentarnos y perfeccionarnos. Su presencia nos da el ánimo y la valentía para vencer las contrariedades y tentaciones, porque él es Señor de señores. Entonces podemos decir con David: *aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temería, pues tú vienes conmigo* (Sal 23/22, 4).

Imaginarse a Jesús como un niño u hombre que por nosotros, trabajó, sufrió, murió, resucitó y ascendió al cielo, es una de las formas de permanecer ante Dios. El siguiente modo reside en renovar acto de fe en Dios, que está cerca de nosotros, en nosotros y entre nosotros, que conoce todas nuestras obras y que al ser él mismo invisible ve los movimientos de nuestro corazón. Así como el pájaro en vuelo está rodeado de aire y el pez en el mar, de agua, así también nosotros estamos siempre en presencia del Señor, nuestro Creador, adonde quiera que vamos.

Otra práctica aconseja tener conciencia del hecho de ser hijo de Dios. Si bien él está en todas partes, nuestra alma es su templo y trono, donde él permanece para que lo adoremos debidamente. ¿Para qué buscarlo fuera de nosotros si él está en nosotros? Los más grandes santos estuvieron en comunión con Dios, concientes de que era el mejor modo de alcanzar la felicidad eterna, según dijo el Salvador: *el reino de Dios está entre ustedes* (Lc 17, 21).

No resulta fácil acordarse de la presencia de Dios en todo momento, porque los asuntos de la vida ocupan nuestra mente y sólo en el cielo lo contemplaremos sin cesar. Pero así como uno puede progresar en una virtud, también puede mejorar el hábito de pensar en Dios, el cual hará más fácil y más frecuente la comunión con él. Practicar el rezo de las jaculatorias, es decir, breves oraciones, es uno de los modos que ayuda a mantener la comunión con Dios.

Ningún trabajo ni enfermedad impiden las expresiones breves y ardientes con pensamientos y palabras. Cualquiera puede poner atención en Dios con frecuencia, ya sea de día o de noche, durante el recreo o el descanso, en la casa o fuera de ella y pedir ayuda diciendo: ¡Señor, ten piedad de mí según tu gran misericordia! ¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador! ¡Que se haga tu voluntad! ¡Oh Jesús, María! ¡Jesús mío, misericordia!

Despertar a menudo la intención recta, es decir, expresar frecuentemente que con ninguna ocupación buscamos nuestro bien ni complacencia, sino que queremos cumplir la santísima voluntad de Dios y agradarle, ayuda a mantener la comunión con él. Mirar piadosamente una cruz o una imagen sagrada también nos hace recordar a Dios.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 1, pág. 1.

Adoración a Jesús sacramentado

Hoy denotaré que Jesús, en el santísimo sacramento, merece la gloria y el honor más profundos porque es Dios, Señor y Salvador nuestro, y nos amó con un amor dulce e infinito.

No hay otro misterio en el cual se haya humillado tanto como en la sagrada eucaristía. Si bien en otros misterios revela también su naturaleza divina, cuyo ejemplo vemos en la cruz, cuando los mismos que lo crucificaban reconocieron: *Verdaderamente éste era el Hijo de Dios (Mt 27, 54)*, en el santísimo sacramento ha escondido no sólo su divinidad, sino también su humanidad.

Cuanto más profunda es su humillación, tanto más fervorosa debe ser nuestra adoración, porque lo hace por nosotros, y además de rebajarse voluntariamente desde que se hizo hombre, soporta los desprecios de la gente, contrarios a los deseos de su divino corazón.

En el santísimo sacramento se cumple el anuncio profético de Jeremías: *La palabra del Señor se ha convertido en un oprobio (6, 10)*. ¡Cuántas injurias soporta en este sacratísimo misterio! sobre todo cuando debe entrar en un corazón manchado y ocupado por el demonio.

Cuando la reina de Sabá oyó hablar de la fama y sabiduría de Salomón exclamó: *Dichosos estos servidores tuyos que están siempre en tu presencia (2 Cr 9, 7)*. ¡Y con cuánta más razón nosotros debemos ser felices por estar tan cerca del trono del Dios, Cristo Jesús, a quien débilmente prefiguraba Salomón!

Una persona adora a Cristo presente en el santísimo sacramento, al hacer la señal de la cruz cuando pasa frente a una iglesia o entra en ella para hablar con Jesús; cuando forma parte de una procesión eucarística o acompaña a un ministro que lleva la comunión a un enfermo; cuando participa devotamente en la misa durante la semana, en la medida en que se lo permiten su salud y deberes; cuando al escuchar el sonido de la campana, dice con profunda devoción: “Alabado sea el santísimo sacramento”; cuando contribuye en el adorno de un templo donde está presente Jesús; cuando usa con devoción los vasos sagrados, respeta a los sacerdotes, ministros de la Eucaristía que le sirven a Jesús en mayor medida; cuando con un corazón ferviente mira la sagrada Hostia expuesta para la adoración o cuando es elevada después de la consagración; y sobre todo cuando acude a la comunión digna y frecuentemente.

Si durante la visita al santísimo sacramento tenemos el corazón frío no hemos de preocuparnos, porque si nuestra postura es respetuosa, alegrará al divino Salvador. Más bien pidamos que el Ángel Custodio, los patronos y sobre todo la madre de Dios lo adoren y lo alaben por nosotros.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 3, pág. 17.

La necesidad de la mortificación

Hoy evidenciaré que la mortificación es necesaria porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne, revelando en nosotros la ley de la oposición entre ambos, como expresa la Sagrada Escritura: *la vida del hombre es una servidumbre sobre la tierra (Job 7, 1)*.

Al principio no era así porque *Dios creó al hombre a su imagen (Gn 1, 26)*. El hombre era tan ordenado en todo su ser, que sus pasiones estaban reguladas por los imperativos de la razón y ésta obedecía a Dios. Esta bella armonía quedó destruida por el pecado en tal grado, que la vida se hizo un permanente combate y exige mucho esfuerzo para aplacar en nosotros los

deseos de la concupiscencia, para llevar la vida de los ángeles y cumplir la voluntad de Dios. Debemos combatir continuamente esta inclinación al mal por medio de la mortificación, de lo contrario, nuestra alma se atascaría en los pecados. Asimismo hemos de vigilar permanentemente el corazón y purificarlo, para conocer y contemplar a Dios, nuestro sumo bien, por la fe en esta vida y cara a cara en la eternidad.

Dios sólo concede la sabiduría de los santos, es decir, la gracia de conocerlo y amarlo, a los que han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos y han renunciado al mundo. Es lo que sostiene san Pablo cuando dice que *el hombre puramente natural no valora lo que viene del Espíritu de Dios (1 Cor 2, 14)*. El que piensa sólo en el disfrute de las atracciones pasajeras del placer es incapaz de conocer el gran precio y la importancia de los bienes espirituales. San Francisco de Sales dice, haciendo una comparación, que así como la sal impide la putrefacción de la carne, así también la mortificación preserva de los pecados. Por consiguiente, en un alma mortificada podemos ver todas las virtudes.

En realidad nuestro perfeccionamiento y salvación dependen de si imitamos o no a Cristo, pero no podemos seguirlo si no morimos nosotros mismos, y si con espíritu de abnegación no abrazamos la cruz que él nos ofrece. Porque él dice: *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga (Mt 16, 24)*.

La profecía del siervo doliente anunciada por Isaías se cumplió en Jesús, que vino para librarnos del pecado, padeció tormentos indecibles por amor a nosotros y fue despreciado y humillado. Si él pasó tantas penas por nosotros, es justo que nosotros suframos por amor a él. Debemos, pues, confesar con san Pablo: *Siempre y en todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2 Cor 4, 10)*. Esto sucede cuando, a ejemplo de Jesús, nos mortificamos permanente según san Anselmo.

Los principales medios para alcanzar la santidad son la mortificación y la oración, pero como dice san Alfonso, la mortificación debe anticipar la oración porque prepara el corazón, quitando de él toda la tierra que impide el acceso para el amor.³³ La oración acompaña al amor para entrar en el corazón. Haciendo una comparación, se puede decir que para llegar al agua limpia de la fuente, uno debe sacar primeramente el lodo. La oración sin mortificación resulta sólo una ilusión y no produce frutos perdurables. San Ignacio da más valor a un acto de mortificación que a muchas horas de oración desfilando como consuelo. Decía también que a uno mortificado le basta un cuarto de hora para unirse a Dios en oración, mientras que el otro no mortificado necesita dos. Y cuando le contaban sobre un religioso de mucha oración, decía que aquél mostraba signos de ser un hombre de mucha mortificación.³⁴

Somos una unión de espíritu y cuerpo: debemos aplacar las desordenadas pasiones del cuerpo y dominar las del alma. Las palabras de Jesús *tome su cruz*³⁵ implican la mortificación exterior y las que dicen *niéguese a sí mismo (Mt 16, 24)* la interior, es decir, limitar el orgullo y la ira, el apego excesivo a la opinión personal, a los intereses particulares y al amor propio. Las dos mortificaciones son necesarias, pero la interior es más importante. El alma a la que Dios dejó que fuera dominada por sus malos deseos es triste, porque resulta el mayor castigo.

³³ *Práctica de amar a Jesucristo, Obras maestras de espiritualidad*, BAC, Madrid 2003, pág. 203.

³⁴ *Recuerdos ignacianos*.

³⁵ *Mt 16, 24*.

Por eso debemos suplicar frecuentemente con el sabio del Yahvé *que la sensualidad y la lujuria no se apoderen de mí, no me dejes caer en pasiones vergonzosas* (Eclo 23, 6).

De nada nos sirve abandonar todo por Dios si no nos negamos a nosotros mismos. Pues resulta difícil seguir al Señor, si caemos bajo el peso de nuestras pasiones y apetitos desordenados. Sobre todo debemos procurar vencer este vicio que nos domina e impide avanzar en el camino de las virtudes, porque es el enemigo más peligroso. Al que vence al adversario más poderoso le será fácil derrotar a los que son menos fuertes. Cuanto más nos comprometamos por causa de Cristo, tanto más avanzaremos en el camino virtuoso. Debemos movilizar todos nuestros esfuerzos para vencernos a nosotros mismos, es decir, al amor propio y la voluntad arbitraria. A muchos hombres que se entregan celosamente a la oración les falta esta clase de mortificación. Uno debe limitar la apetencia de los bienes pasajeros; el otro la soberbia de la vida, o sea, el propio elogio y los honores; éste la afirmación de sí y aquél el apego desordenado a los parientes o a la propia voluntad. En nada ayudará mortificar la apetencia de los bienes terrenales, si el vicio capital es la búsqueda del ensalzamiento y a la inversa.

También corren un gran peligro los que van tras las riquezas, como advierte san Pablo: *Los que desean ser ricos se exponen a la tentación, caen en la trampa de innumerables ambiciones, y cometen desatinos funestos, porque la avaricia es la raíz de todos los males* (1 Tim 6, 9-10). La avaricia origina mentiras, robos y otros actos de injusticia. Para el hombre avaro el dinero es su dios, aspiración y fin último.

En la misma situación se encuentran los apetentes de los vanos honores y del propio ensalzamiento. La Escritura habla de ellos en estos términos: *He visto al malvado arrogante empinarse como cedro del Líbano; pasé luego y ya no estaba, lo busqué y no lo encontré* (Sal 37/36, 35). Cuanto mayor haya sido su ensalzamiento, más grande será su oprobio. La gloria vanidosa resulta ser como el humo, que no sacia a nadie y desaparece el día de la muerte. El hombre que busca honores sufre a la vez tantas dolorosas humillaciones, sospechas, miedos e injurias, que casi no siente la complacencia de la posición de relieve. Nuestro mayor enemigo es el apego a nuestra propia voluntad, porque Dios es quien nos salva, pero debemos obedecer sus designios. Actuar según nuestro propio albedrío y oponerse a la voluntad de los superiores y a la de Dios, que se manifiesta en los mandamientos, significa una especie de idolatría; pues dice la Sagrada Escritura: *Como pecado de hechicería es la rebeldía* (1 Sam 15, 23).

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 4, pág. 25.

¿Qué hacer para ser moderado?

Hoy voy a recalcar que para ser moderado se debe recurrir a la oración, entre otros recursos, porque ella alcanza todo, y el que pide recibe, como dijo el mismo Salvador: *Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, él se lo concederá* (Jn 15, 16).

Imponerse las más duras renunciaciones, dado que la voluntad férrea vence todo, constituye el segundo medio al cual sigue el examen de conciencia, que se ha de hacer sobre el vicio que más nos subyuga. Cuando lo descubramos, deberemos imponernos enseguida una penitencia, o al menos decir una jaculatoria, por ejemplo: ¡Jesús mío, misericordia! El cuarto recurso manda a aplacar violentas pasiones y deseos de placer. El siguiente medio es la mortificación

en pequeñeces, hasta en las permitidas, porque de esta manera se afianza el hábito de superarse en las cosas grandes. Así los cristianos piadosos se abstienen de decir chistes graciosos, moderan el deseo de satisfacer la curiosidad, como es el caso de abrir enseguida una carta. El sexto medio viene a ser la meditación sobre algunos misterios, por ejemplo, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios que nos lleva al cielo y no el de la nuestra.

Si nos hubiéramos moderado más frecuentemente habríamos tenido muchos méritos ante Dios. Vivamos de manera de ganar méritos para la vida eterna. Recordemos que la muerte nos acercará más a Dios. Cuanto más nos mortifiquemos ahora, tanto menos sufriremos en el purgatorio. San Felipe Neri dice: “El que no se santifica es un loco”.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 5, pág. 3.
El dominio de las pasiones

Hoy me referiré al dominio de las pasiones del cuerpo, que es una actitud infinitamente provechosa y necesaria. El Espíritu Santo enseña a través de san Pablo: *Observo que hay en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón y me ata a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom 7, 23)* lo cual santo Tomás interpreta como que la concupiscencia de la carne se opone a la razón.³⁶ He aquí la lucha de la vida del hombre sobre la tierra. Esa lucha decide sobre la felicidad terrena y eterna de los hombres. Es así que el espíritu vence al cuerpo, o a la inversa.

Dios le ha dado al cuerpo los sentidos para que nos sirvamos de ellos, no según nuestro antojo, sino conforme a los mandamientos y a la voluntad divina. Por lo tanto debemos dominar y templar, sobre todo estas inclinaciones y pasiones que se oponen a los preceptos divinos. El apóstol de las naciones dice que *los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos (Gál 5, 24)*. Por ello los santos mortificaban permanentemente su cuerpo y cuanto más lo templaban, sometiéndolo a la razón, más amaban a Dios; cuanto menos deseaban los bienes de este mundo, más querían al Creador y cuando llegaban a anhelar únicamente a Dios, entonces lo amaban perfectamente. Mortificaban su cuerpo, porque Dios mismo se entregó por los hombres y por su salvación. San Pedro de Alcántara no fue indulgente con su cuerpo durante toda la vida. Santa Teresa decía que “es un disparate creer que Dios admite en su amistad íntima a gente regalada y sin sufrimientos”.³⁷

Los que aman verdaderamente a Dios no son indulgentes consigo mismos, porque creen que él se entregó enteramente por su salvación; creen que es justo y necesario dejar como ofrenda a Dios todos los bienes del mundo, incluso la vida, para así ganarse a Jesús y salvarse. Estamos en este mundo para gozar de la presencia del Señor en la eternidad.

Salomón fue feliz porque construyó un magnífico Templo para Yahvé, pero habría sido más afortunado si hubiera conservado su cuerpo como agradable morada para él.

Debemos templar severa y permanentemente nuestro cuerpo como a un potro indómito, y oponérsele como el médico enfrenta a veces al paciente que rechaza lo que le hace bien y se empecina por lo que le hace mal. ¿No llamaríamos imprudente al médico que le permitiese al enfermo el consumo de alimentos perjudiciales? Por ende, debemos considerar que es una barbaridad que alguien condene la propia alma por satisfacer momentáneamente los caprichos

³⁶ Tratado del hombre, q. 95, a. 2.

³⁷ Camino de perfección, Cap. 18, 2.

de su cuerpo. Esta clase de amor destruye todo amor, una misericordia tal no es misericordia alguna, sino una barbaridad, porque de esta manera complacemos deseos de la carne y condenamos el alma. En estas cosas se ha de invertir el gusto, y lo que es amargo tenerlo por dulce, para que la práctica de la templanza exterior dé frutos. Primeramente remitimos las penas temporales, que deberíamos pagar en la eternidad por permitirnos placeres prohibidos, más aún en la medida en que estos castigos son menores a los que deberíamos cumplir después de la muerte.

San Antonino cuenta que un ángel le propuso a un enfermo permanecer unos dos años en cama o quedarse en el purgatorio durante tres días, lo cual éste eligió. Cuando murió, su alma fue al purgatorio. Apenas estuvo una hora, cuando empezó a quejarse de que le parecía cumplir la pena desde hacía años. El ángel le respondió que su cuerpo todavía estaba en el lecho de muerte. El que no quiere cumplir las penas después de la muerte debe mortificarse y cambiar en esta vida.

La templanza exterior desprende el alma de las ataduras a los gozos terrenales y la dispone a unirse a Dios. San Francisco de Sales enseña que el alma no puede elevarse hacia Dios si no mortifica y temple su cuerpo, lo cual había formulado san Jerónimo con la expresión: el alma se eleva a las cosas celestiales sólo con la mortificación de la carne.

Cuando se mortifica el cuerpo el alma conquista los bienes eternos, tal como expresó san Pedro de Alcántara, quien poco después de su muerte se apareció a santa Teresa de Jesús: “¡Oh bienaventurada penitencia que has conquistado para mí tal gloria!”.³⁸ San Francisco de Borja dijo que moriría el día en que no mortificara su cuerpo y san Alfonso de Liguori manifestó que la vida cómoda y cobarde no es para los cristianos.

Si no somos llamados para mortificar el cuerpo con disciplinas severas, debemos practicar ejercicios penitenciales pequeños, o al menos hacer vigiliias, soportar pacientemente aflicciones, ciertas incomodidades, preocupaciones, humillaciones y disgustos que nos llegan a través de la gente. A veces debemos negarnos un placer permitido. San Clemente de Alejandría decía: el que hace todo lo que está permitido, pronto hará lo que no lo es. Dios puso a nuestra disposición los placeres no solamente para que disfrutemos de ellos, lo hizo también para que, por todo aquello que nos dio y que son sus dones, le mostremos nuestra gratitud y amor. El que se priva de placeres permitidos, se abstendrá con mucha facilidad de los prohibidos.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 6, pág. 41.

Templanza de los sentidos

Hoy los orientaré acerca de *qué se debe hacer para moderar la vista*, porque se han de mortificar y templar tanto ésta como el oído, el gusto, el tacto y el olfato. Es por los ojos que la flecha del amor impuro entra en el corazón, despierta deseos inmoderados, hiere y hasta mata el alma pura. San Francisco de Sales decía que no hemos de poner el afecto en las cosas de tal manera de desearlas, dejarnos dominar por ellas y esperarlas con excesivas ansias.³⁹ El demonio nos tienta primeramente para que miremos objetos peligrosos; luego para que nos

³⁸ Santa Teresa de Ávila, *Libro de la vida*, Cap. 27, 19.

³⁹ Véase: *Introducción a la vida devota*, Tercera Parte, Cap. XXXI.

apetozcan y por fin para que aceptemos ese deseo bajo. De esta forma tentó hasta al mismo Salvador, Jesucristo, como consta en la Sagrada Escritura: *Le hizo ver todos los reinos del mundo con todo su esplendor, y le dijo: te daré todo esto, si te postras para adorarme (Mt 4, 8-9)*. Desde luego que no consiguió nada con Jesús, pero venció a Eva: *Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió (Gn 3, 6)*. Si queremos que el enemigo no entre debemos cerrar la puerta, que son justamente los ojos, por la cual invaden en nuestra alma las tentaciones más peligrosas.

San Jerónimo se quejó de las persistentes y violentas tentaciones que experimentó a causa de una mirada imprudente, las cuales pudo superar sólo con la oración y mortificación. ¿Cuántos buenos cristianos cometieron pecados graves a causa de intemperancia de la vista? Así cayeron los reyes David y Salomón.

San Agustín⁴⁰ narra que su amigo Alipio se dejó arrebatar, de modo impresionante y con increíble afición, a los espectáculos de gladiadores. Cierta día fue arrastrado por sus amigos - con amigable violencia- al anfiteatro en donde se celebraban crueles y funestos juegos. Pero decidió no mirar sino escuchar: «Aunque arrastréis a aquel lugar mi cuerpo y lo retengáis allí, ¿podréis acaso obligar a mi alma y a mis ojos a mirar tales espectáculos? Estaré allí como si no estuviera, y así triunfaré sobre ellos y sobre vosotros». En un lance de la lucha, vencido por la curiosidad y creyéndose lo suficientemente fuerte como para despreciar y vencer lo que pudiera observar, abrió los ojos y fue herido en el alma con una herida más grave que la que recibió el gladiador en el cuerpo a quien había deseado mirar; y cayó más miserablemente. A partir de entonces volvería a asistir a los juegos todos los días solo, incluso arrastrando a otros.

Si miráramos todo lo que se nos presenta, difícilmente nos mantendríamos en la santa pureza. Y si por casualidad vemos algo indebido o debemos exponernos a las tentaciones, procuremos no detener la vista y guardar la templanza de los ojos. Cada día a la mañana, apenas nos despertemos, repitamos las palabras de David: *Aparta mi vista de las cosas vanas (Sal 119/118, 37)*.

La templanza de los ojos edifica al prójimo. Un día san Francisco de Asís invitó a uno de sus hermanos para predicar fuera de la casa. Salieron los dos y caminaron por el pueblo. Cuando volvieron, el hermano le preguntó al santo: Padre, ¿y el sermón? Éste le contestó: Hemos predicado con la templanza de nuestros ojos. San Basilio sostiene que para elevar el alma al cielo se ha de bajar la vista, y san Jerónimo dice que los ojos son el espejo del alma y que incluso en el silencio reflejan y descubren sus secretos. El ojo es la ventana del corazón.

Clavar los ojos en una persona es signo de sensualidad, y guiñarlos significa ligereza y frivolidad. Es bueno dominar la vista, para que los ojos miren los objetos que edifican y no se detengan ni siquiera de paso en los que son peligrosos.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 7, pág. 49.

Templanza de la lengua

⁴⁰ *Confesiones*, Libro sexto, Cap. VIII, 13.

Hoy les dirigiré algunas palabras sobre la necesidad de templar la lengua. La capacidad de pensar y expresar los pensamientos por medio del lenguaje hablado es un gran don de Dios, no obstante está mal que la gente abuse tanto de él. Se ha de templar la lengua para hablar poco y como se debe, porque la persona locuaz muestra que conversa poco con Dios, en cambio, las almas ahondadas en la oración no se prestan al parloteo.

La Sagrada Escritura advierte que *el charlatán se hace insoportable y el que pretende imponerse se hace odioso* (Eclo 20, 8). *Donde abundan las palabras nunca falta el pecado, el que refrena sus labios es un hombre precavido* (Prov 10, 19). En otro lugar enseña que *si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua, sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana* (Sant 1, 26).

Tomás de Kempis dice: “En el silencio y el sosiego progresa el alma devota y aprende los secretos de las Escrituras”.⁴¹ San Ignacio de Loyola sostiene que cada arte tiene sus reglas y que al decir una palabra se debe pensar tres veces para ver si ofende o no a Dios, y si puede perjudicar a su autor y al prójimo. Es más fácil callar que hablar. El silencio raramente hace daño, pero la locuacidad sí lo hace. No obstante son pocos los que prefieren callarse: la naturaleza se inclina hacia el mal.

Se ha de hablar para que el decoro no sufra, porque según enseña san Anselmo, nuestra boca ha de ser como la boca de Cristo y no es digno usarla para difamar y mentir, o para decir palabras vanidosas. El que ama a Dios conversa frecuentemente con él. Los que se quieren se hablan todos los días, y así también proceden los que están enamorados de Dios. No olvidemos que nuestra boca fue creada, ante todo, para alabar al Señor.

San Ambrosio dice en su obra *Sobre los deberes de los ministros* que no levantar la voz significa tener el dominio de la lengua. En la Sagrada Escritura un profeta preanunció que Jesús no vociferaría ni alzaría el tono y no haría oír en la calle su voz.⁴² En otro lugar es llamado dichoso *el hombre que no ha faltado con su lengua* (Eclo 14, 1).

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 8, pág. 57.

Templanza del paladar

Hoy les diré que en la mortificación exterior se debe practicar la templanza del paladar. San Andrés de Avelino opina que para llegar a la perfección cristiana se debe empezar por templar el gusto. Esto mismo expresó san Felipe Neri a uno de sus penitentes que solía beber y comer entre horas: “Hijo mío, si no corriges ese defecto, no darás nunca un paso adelante en el camino de la perfección”.

Todos los santos practicaron cuidadosamente la abstinencia en el comer y beber. San Francisco Javier comía diariamente sólo un poco de arroz; san Francisco de Regis se alimentaba con harina diluida en agua caliente; san Francisco de Borja, virrey de Cataluña, comía pan y verduras; san Pedro de Alcántara se servía un plato de caldo. San Francisco de Sales decía que hay que comer para vivir y no vivir para comer.⁴³ Muchos son los que viven

⁴¹ *Imitación de Cristo*, Libro I, Cap. XX, 6.

⁴² *Is* 42, 2.

⁴³ Véase: Cicerón, *Retórica a Herennio*.

para comer y su cuerpo es dios. Estos hombres, como advierte san Pablo, son enemigos de la cruz de Cristo y su final es la perdición.⁴⁴

La intemperancia hiere y mata todas las virtudes, y la falta de abstinencia en la comida fue causa de la tragedia universal en el mundo, ya que como Adán comió una fruta prohibida, la muerte alcanzó a él y a todos los hombres.

Para perseverar en la virtud de la pureza se debe moderar, sobre todo, el gusto. San Buenaventura atestigua que la impureza se alimenta del abuso de comida. Santa Catalina de Siena es de la misma opinión cuando dice: “Quien no se mortifique en la comida, no podrá conservar la inocencia”. San Agustín advierte: “No alimentemos demasiado el cuerpo, para que no se rebele contra el espíritu”. En esa sintonía confiesa san Pablo: *golpeo mi cuerpo y lo esclavizo (1 Cor 9, 27)*, y santo Tomás de Aquino: “Cuando se rechaza y vence al demonio en las tentaciones de gula y sensualidad, ya no presenta combate en el campo de la impureza”.

Procuremos practicar la templanza: no comer ávidamente ni fuera del horario o cuando se nos dé la gana; no comer por placer ni para satisfacer el gusto; no ingerir bebidas y comidas succulentas. Cuando practicamos la abstinencia y la sobriedad evitamos daños del cuerpo y alma, contribuimos a la salud, elevamos el bienestar y prolongamos nuestra vida. Las múltiples enfermedades provienen de la falta de templanza en el comer y beber; este abuso causa muchos graves daños al espíritu, oscurece la mente y la incapacita para las prácticas piadosas, especialmente la oración.

San Juan Crisóstomo compara el estómago lleno a un barco con excesiva carga, que no puede navegar y corre el peligro de naufragar al ser sorprendido por una tormenta. El hombre que no es moderado cae fácilmente en el pecado mortal con el primer ataque de tentación.

En nuestro instituto educativo, el agua de manantial y la comida vegetariana frugal, a ejemplo de nuestros campesinos, contribuyen excelentemente a la salud del cuerpo y del alma. Podemos decir abiertamente a todos los que almuerzan varios platos, entre ellos carne, que el siglo actual no se presenta más fuerte que los anteriores cuando se practicaba la templanza y se ayunaba; y en cambio resulta más débil porque no se practica esa virtud.

Nuestro país decayó porque todos hacían demasiadas fiestas y se daban una buena vida y hoy está subyugado a la Comisión de Colonización⁴⁵ por falta de la templanza. Las clases altas levantan las copas con champagne y las bajas beben vodka casera; aquéllas se deleitan con comidas exquisitas y éstas organizan fiestas de casamiento y bailes populares que se prolongan por varios días.

Cuando practiquemos la templanza florecerán otras virtudes, Dios nos mirará benévolaemente, nos bendecirá y recuperaremos la tierra que hemos perdido.

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 9, pág. 65.

⁴⁴ *Flp 3, 18-19.*

⁴⁵ Una institución creada por iniciativa de Otto von Bismarck en 1886 a fin de comprar tierras a los nobles y campesinos polacos, establecer allí a los llegados de Alemania y crear pueblos alemanes en la Grande Polonia y Pomerania.

La Virgen, nuestra esperanza

Hoy aconsejaré poner nuestra esperanza en la todopoderosa intercesión de la Santísima Virgen María puesto que la voluntad del Dios altísimo establece que recibamos todas las gracias por medio de ella. Según la Iglesia encontramos esta disposición en la siguiente perícopa bíblica: *Porque el que me encuentra ha encontrado la vida y ha obtenido el favor del Señor (Prov 8, 35); Yo, como una vid, hice germinar la gracia y mis flores son un fruto de gloria y de riqueza; los que me sirvan, no pecarán (Eclo 24, 17-22).*

La Iglesia en la oración *Salve Regina* llama a la Virgen, vida y esperanza nuestra. Es por eso que san Bernardo nos exhorta a recurrir a la Virgen con la máxima confianza, seguros de recibir a través de su mano la gracia que podamos desear. Ella, pues, es dispensadora de las gracias de Dios. Ella tiene este poder por haber sido la criatura más fiel al Señor y haberlo amado más, y por eso fue amada por sobre todas las criaturas. Además es tan poderosa por ser la madre del Hijo de Dios, y un hijo bueno nunca podrá negarle nada a su madre.

Según el pensamiento de santo Tomás, debemos pedir las gracias necesarias y la salvación eterna mediante la intercesión de los santos.⁴⁶ Pero entre ellos la Santísima Virgen María es la más poderosa, porque puede hacer más. También san Juan Damasceno la llama todopoderosa en la salvación de los pecadores. San Pedro Damiani la honra con las siguientes palabras: “Oh mi Reina, nada es imposible para ti, que aun a los desesperados les puedes infundir la esperanza de salvarse”.

Cuando en Caná de Galilea María le había pedido a Jesús que remediara la falta del vino, él hizo caso a su inquietud a pesar de que le dijo *¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía (Jn 2, 4).*

“Templanza y Trabajo”, 1900, N° 10, pág. 73.

¿Quién es mayor en el reino de los cielos?

Hoy profundizaré la pregunta sobre *quién es mayor en el reino de los cielos*. Jesús estimó mucho a los apóstoles, y ante todo, a Pedro y a dos hijos de Zebedeo: Juan y Santiago. Los llevó consigo a la casa de Jairo, cuya hija hizo resucitar. Ellos estuvieron en el monte Tabor, cuando se transfiguró, y más tarde lo acompañaron en el Huerto de los Olivos, cuando sintió angustia y tristeza ante la muerte cercana. En una palabra, les permitió participar de los misterios más profundos antes que a los demás apóstoles y a otra gente. Lo hizo porque ellos respondieron más a la gracia que Jesús les había concedido, tuvieron la fe más firme, la esperanza incommovible, y el amor a Dios y al prójimo encendido, como así también otras virtudes en mayor grado.

Pedro mostró mayor fe cuando confesó que Jesús era el Hijo de Dios. Esto sucedió cuando a orillas del lago de Tiberíades Cristo resucitado se manifestó a sus discípulos y le preguntó tres veces a Pedro: «*Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?*» *Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos.» Vuelve a decirle por segunda vez:*

⁴⁶ II-II, q. 83, a. 2.

«Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas.» Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17). Como consecuencia de esa postura humilde y de amor que Pedro profesó, Jesús le dijo que apacentara no sólo las ovejas, sino los corderos, es decir, a los pastores de su rebaño que son obispos y sacerdotes.

También amó mucho a Juan por su pureza y mayor entrega y a Santiago, su hermano. Los llamó *hijos del trueno* (Mc 3, 17) en reconocimiento a ese gran poder de espíritu y celo que tuvieron por la gloria de Dios. Pedro, Santiago y Juan, después de Pentecostés, predicarían celosamente el Evangelio, correrían grandes peligros y soportarían persecuciones.

Pedro, mientras evangelizaba en Jerusalén, convirtió a miles de personas, fue encarcelado y flagelado; allí manifestó su satisfacción por haber sido considerado digno de sufrir ultrajes a causa de Cristo.⁴⁷ ¡Qué gran humildad! Después, en Asia Menor, fundó iglesias y ocupó la sede antioquena donde, por primera vez, los que creían en Jesús empezaron a llamarse cristianos. Llegó a Roma, la capital del mundo y de la idolatría, para fundar la Iglesia de Cristo, la cual confirmó con su muerte en la cruz. Santiago, hermano de Juan, anunciaba la palabra de Jesús a las doce tribus de Israel dispersadas entre los paganos, llegó hasta España, y de allí volvió a Jerusalén donde fue decapitado por Agrippa, nieto de Herodes.

Desde la cruz Jesús entregó su madre a Juan, quien llevó el Evangelio a Judea y Samaría entre los Partos. Éstos, por su crueldad, no pudieron ser vencidos ni siquiera por los romanos. Luego volvió a Asia Menor y fue obispo en Éfeso. Con él vivió la Virgen María. En el año 95 fue llevado junto a Domiciano, perseguidor de cristianos, quien dispuso arrojarlo a una cuba con aceite hirviendo de la cual se salvó milagrosamente. Fue confinado a la isla de Patmos, donde trabajó en una mina. Allí tuvo la revelación sobre la suerte de la Iglesia. Cuando murió Domiciano volvió a Éfeso para conducir aquella Iglesia a los noventa y cinco años de edad. Compuso un evangelio a pedido de los fieles, para dar testimonio no sólo con la vida, sino también por escrito. Además escribió tres epístolas, de las que emana el espíritu de amor hacia Cristo y el prójimo. Es por eso que es llamado apóstol del amor.

A decir verdad, Dios no hace diferencia entre las personas, en el sentido de tener preferencia por alguien según el lugar de nacimiento, porque todos son hijos del mismo padre: Adán. Tampoco estima más a los que acumularon mayores riquezas, a los que juntaron más “tierra y barro” llamado oro; ni lo hace por los honores y dignidades de uno, o porque alguien se vistió de oropeles y le gusta que lo llamen pomposamente. Por ser Dios, Jesús juzga rectamente, aprecia la fe de cada persona y sus virtudes, como la honestidad, sobre todo el amor a Dios y al prójimo y asegura que cuanto mejor sea uno ante sus ojos en esta vida, más grande será en el reino de los cielos.

Es más grande ante Dios el que posee mayor fe, esperanza y caridad; quien atesoró más obras buenas y méritos para la vida eterna; el que posee la gracia santificante y colabora más con ella. Los pensamientos de los hombres no son los de Dios. Así como el cielo está distante de la tierra, también los juicios de Dios se diferencian de los de los hombres.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 3, pág. 19.

⁴⁷ Hch 5, 41.

La actuación benéfica del Espíritu Santo

Hoy trataré del Espíritu Santo que actúa por siempre. Así como el sol da calor y luz a los hombres y vivifica todo, el Espíritu ilumina e inspira a todos para el bien y les da la vida eterna. Al igual que la luz y el calor solar que llegan de distinta manera según la estación y la ubicación de la Tierra, cada persona recibe las gracias diferentes, porque el Espíritu Santo distribuye *sus dones a cada uno en particular como él quiere* (1 Cor 12, 11).

Ya en el paraíso, el Espíritu les concedió a los primeros padres la gracia santificante con sus dones. Él fue luz y vida para ellos; moró en sus corazones permanentemente hasta la caída y cuando se arrepintieron, regresó para habitar en ellos; depositó su promesa en los Patriarcas, y como la Iglesia reza en la misa, habló por medio de los profetas; santificó a los hombres en tiempos del Antiguo Testamento e hizo prodigios como primicia de su amor. Ya en aquel entonces preanunció que al *llegar la plenitud de los tiempos* (Gál 4, 4), es decir, después de la venida del Redentor, colmaría al mundo con la abundancia de sus dones.

El profeta Joel describió esa efusión de la siguiente manera: *Yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres: sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños proféticos y sus jóvenes verán visiones. También sobre los esclavos y las esclavas derramaré mi espíritu en aquellos días* (3, 1-2). A través de Zacarías, otro profeta, especifica que todo esto sucederá después de la pasión del Salvador: *Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de súplica; y ellos mirarán hacia mí. En cuanto al que ellos traspasaron, se lamentarán por él como por un hijo único y lo llorarán amargamente como se llora al primogénito* (12, 10). A través de Jeremías anuncia: *Después de aquellos días -oráculo del Señor- pondré mi Ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo* (31, 33).

Los apóstoles recibieron de Jesús al Espíritu y con él, el mandato de proclamar el Evangelio, perdonar los pecados y celebrar la eucaristía. Pero en Pentecostés, cincuenta días después de la Resurrección, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre ellos y derramó la plenitud de sus gracias, dones y frutos de la salvación. Lucas nos narra cómo se manifestó este Espíritu: *De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua* (Hch 2, 2-6).

En la misma ciudad de Jerusalén sucedió algo igual al día siguiente; luego en Samaría, cuando Pedro y Juan oraron sobre los que recibieron la palabra de Dios; también ocurrió en la conversión de Cornelio; posteriormente en Éfeso, cuando Pablo impuso las manos sobre los que creyeron y *descendió sobre ellos el Espíritu Santo y comenzaron a hablar en distintas lenguas y a profetizar* (Hch 19, 6). En general acontecía lo mismo cuando los apóstoles predicaban y cuando la gente recibía la palabra y era bautizada.

La efusión del Espíritu de Dios trajo los siguientes frutos: primeramente, la multiplicación de la gracia de Dios acompañada de las virtudes teologales, a saber la fe, la esperanza y la

caridad; luego, los siete dones que comúnmente se llaman los dones del Espíritu Santo, que son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor a Dios; después, doce frutos que manan de esos dones, según enumera san Pablo: *amor, alegría, paz, magnanimidad, apacibilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia* (Gál 5, 22); por fin, los carismas infundidos gratuitamente, que según la Primera Carta a los cristianos de Corinto son nueve: la sabiduría para hablar, la ciencia para enseñar, la fe, el don del amor, el don de hacer milagros, el don de las lenguas y el de interpretarlas.⁴⁸

Los carismas extraordinarios del Espíritu Santo, es decir las gracias regaladas, se manifestaron con más frecuencia en los primeros siglos de la cristiandad, y sin embargo nunca faltaron en la Iglesia católica.⁴⁹ No obstante, debemos advertir que la verdadera santidad no depende de los dones extraordinarios y gratuitos, aunque se los debe apreciar y agradecer altamente. La santidad consiste en el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, de sus mandamientos y de los deberes de estado. Quien deseara poseer dones extraordinarios podría exponerse al peligro de perder la santa humildad y la sencillez cristiana. Porque cuando alguien recibe el don de conocer la verdad, le es difícil no sentirse soberbio, altivo y más difícil aún reconocerse indigno de poseer tales dones. Muchos han caído de modo lamentable, siendo objeto del juego de los demonios, cuando buscaron estos dones extraordinarios. El camino de la piedad resulta el más seguro y recto sendero al cielo.

Debemos pedir muy frecuentemente que el Espíritu Santo nos ilumine y nos dé la gracia de conocer los designios de Dios, para saber qué hacer y cómo actuar, y que nos conceda la fuerza para poder cumplir lo más fielmente posible aquello que consideramos que proviene de la voluntad divina. Que el Espíritu derrame sobre el mundo las gracias parecidas a las que concedió en los primeros tiempos de la cristiandad. Que despierte mujeres y hombres bondadosos, incluso más santos que antes; que la gente que vive sin Dios, renegada e incrédula, se deje atraer por el perfume de las virtudes de los santos y la abundancia de los dones derramados sobre ellos y entre animosamente en la Iglesia. Que pronto haya un solo Pastor y un solo rebaño, no para nuestra gloria, sino para la alabanza de la Trinidad Santísima. La historia nos enseña que ese profundo cambio en los corazones se producía sobre todo después de la aparición de los grandes santos, ungidos con diferentes dones y carismas.

La actuación invisible -pero permanente- del Paráclito en la Iglesia católica y en los hombres, por la cual debemos agradecer, es admirable y provechosa para nosotros. Porque el Espíritu Santo siempre enseña, santifica y gobierna en ella; desciende a los corazones de los hombres y así actuará hasta el fin de los tiempos. Si reflexionamos bien, sabremos que en esta acción hay mayores milagros, dones y gracias que en las profecías, visiones, sanaciones y resucitación de muertos.

El Espíritu Santo, como Maestro invisible en la Iglesia católica, ilumina a los que ha instituido para que mantengan la pureza de la enseñanza de Cristo, sepan descubrir los errores que amenazan a la Iglesia y pronunciarse en cuestiones de fe y moral. También ilumina y

⁴⁸ 12, 8.

⁴⁹ Markiewicz presenta a muchos hombres en quienes se manifestaron los carismas y dones del Espíritu Santo, entre ellos: san Vicente Ferrer, San Antonio de Padua, san Francisco Javier, san Antonio y san Hilario, eremitaños; san Simón - el estilista, san Martín, san Benito, san Patricio, san Agustín, san Gregorio, el Grande; san Bernardo, san Juan de Dios, san Felipe Neri, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, san Jerónimo, san Alfonso de Ligorio, san Estanislao, obispo y santos Jacinto y Juan Cancio.

confirma al pueblo de Dios, para que pueda conservar esta enseñanza que recibió de sus antecesores y transmitirla intachable y limpia de generación en generación.

San Ireneo dice que “Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado siempre en su frescura en un buen frasco por el Espíritu de Dios... En éste se halla el don de Cristo, es decir el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe...”⁵⁰ Este sentido interior puede ser llamado *la unción del Espíritu* (1 J 2, 20) la cual protege ante las novedades que los falsos profetas tratan de sembrar en la viña del Señor. Las sectas no tienen esta identidad y unidad de la fe, porque les falta aquella unción que hizo justamente que la fe en Cristo, durante veinte siglos y en varios países y naciones, se conservara en su pureza primitiva e intachable y fuera confesada permanentemente. Y eso constituye un milagro mayor y más extraño que el de la resucitación de Piotrowina⁵¹ o el don de la profecía.

El Espíritu Santo santifica en la Iglesia católica. “Lo que nuestro espíritu, o sea nuestra alma, es con relación a nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, es decir, para el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”.⁵² El alma está presente en todos los miembros del cuerpo, los vivifica y los hace crecer. De igual manera actúa el Espíritu en la Iglesia. Él da la vida de la gracia y la fuerza a todos sus miembros; él unge al Cuerpo de Cristo con el amor sobrenatural y santo; él borra los pecados en el bautismo y los perdona en la penitencia; él, en la misa, cambia el pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo; él les da a los hombres el poder divino en el sacramento del orden sagrado; él hizo que millones de mártires, derramando su sangre, dieran testimonio de la verdad de Cristo; él suscitó miles de vírgenes para servir a Dios y a los hombres; él dio luz y fuerza a incontables multitudes de santos y confesores de diferente edad, sexo y procedencia, quienes se entregaron a Dios por entero, sacrificaron su juventud, belleza, bienes y puestos honorables y todo lo que apreciaban; él llamó a tantos otros varones y mujeres a las órdenes y congregaciones religiosas, que no sólo cumplen fielmente los mandamientos, sino que se entregan por medio de los votos de pobreza, castidad perpetua y obediencia a ejemplo de Jesús crucificado. Gracias a este trabajo en la sociedad hay prosperidad, institutos de educación para niños pobres y abandonados, lugares para ancianos y minusválidos, hospitales, refugios, escuelas y misiones.

Todos los carismas y formas de santidad que hay en la Iglesia son sus obras. Jesucristo las ganó, pero el Espíritu Santo las distribuye. También los medios de la salvación reciben su fuerza y su poder. A la actuación del Espíritu le debemos tantos santos y grandes obras en la Iglesia, por ser ellos una maravilla más grande que todas las profecías y milagros que sucedieron en el mundo. A su acción santificante, la Iglesia le agradece ese amor heroico a Dios y al prójimo, por el cual siempre y en todas partes se distinguieron muchos de los católicos, para admiración de los ángeles y los hombres.

⁵⁰ *Contra las herejías*, Libro 3, Cap. 3.

⁵¹ Según una leyenda, el obispo de Cracovia, Estanislao Szczepanowski, compró un pueblo llamado Piotrowina a un señor del mismo nombre. Cuando éste murió, sus amigos, incitados, denunciaron al prelado ante la corte real. El obispo, para presentar pruebas de compra, rogó a Dios que resucitara a Piotrowina. También pidió al clero hacer ayuno y oraciones. Un día entró en la iglesia del pueblo, ordenó abrir la tumba, tocó al muerto con el báculo, le tendió la mano y le dijo: “En el nombre de Dios, levántate y declara”. Piotrowina salió de la tumba y pudo defender al obispo ante las falsas denuncias. (Nota del traductor).

⁵² San Agustín, *Discurso*, 267.

El Espíritu gobierna en la Iglesia católica. A decir verdad, Jesucristo es la cabeza de la Iglesia y como tal, la gobierna. No obstante la conduce a través del Espíritu Santo, que es su espíritu y que al principio de la Iglesia envió a proclamar la palabra de Dios a los gentiles. El Espíritu Santo dispuso que Pablo fuera enviado a Seleucia, tal como narran Los Hechos.⁵³ Gracias a su inspiración los apóstoles reunidos en el primer Concilio de Jerusalén declararon el modo de proceder para la conversión de los paganos. Él ilumina a los pastores y hace que haya orden en nuestra Iglesia; que la cabeza visible de ésta sea el obispo de Roma, a quien están subordinados los obispos; a ellos, los párrocos y sacerdotes y a estos últimos, los fieles. A la dirección del Espíritu Santo le debemos agradecer que, a pesar de las debilidades y pecados de los jerarcas eclesiásticos, que la Iglesia nunca aprobó ni alabó, no haya en ella disposiciones y leyes contrarias a las enseñanzas de Jesucristo.

Y por fin la Iglesia, a pesar de tantas persecuciones y ataques provenientes de las potencias más grandes, y contra los obstáculos y trampas de los enemigos -incluso a veces de sus hijos descarriados- se extiende cada vez más por todo el mundo y lo colma de bendiciones, haciendo el bien, debemos reconocer que nadie más sino el Espíritu Santo dirige la Iglesia bondadosa y firmemente, abre para ella los corazones de los hombres y les proporciona a los indefensos la victoria sobre sus enemigos y perseguidores.

La actuación del Espíritu Santo en los corazones, a los cuales desciende para justificarlos y santificarlos, representa un beneficio más grande que los dones dados gratuitamente antes mencionados. La gracia santificante constituye un don inmerecido y sobrenatural, por el cual de pecadores nos hacemos justos, hijos de Dios y herederos del cielo. Se llama santificante porque nos santifica; de un estado de pecado nos traslada al estado justificado, es decir, nos vuelve agradables y dignos a Dios, para obtener el reino celestial. Esta gracia nos es concedida mediante el bautismo, y si la perdemos a causa de un pecado mortal, el Espíritu Santo nos la devuelve en el sacramento de la Penitencia o a través del acto de contrición perfecta, si comprende el firme propósito de recurrir, tan pronto sea posible, a la confesión sacramental.

Con la gracia santísima recibimos no sólo dones del Espíritu Santo, sino a él mismo, como autor de esos dones. De manera que realmente lo poseemos, lo tenemos en nosotros y lo llevamos, pues él no es un don cualquiera, porque es el mismo Dios que se nos da con esta gracia, como enseñan los Padres de la Iglesia. El Espíritu no viene con la gracia santificante del mismo modo cuando llega para inspirarnos a hacer un bien, sino que entra en nuestro corazón, hace de él su morada como si fuera un templo consagrado a él, se une a nuestra alma lo más estrechamente posible, así como se une el fuego con el hierro que lo encandece, pero no lo extermina. Él entra en el alma a modo de autor y dador de los dones sobrenaturales, la colma sin cesar con la luz celestial y el poder divino, para así ser un manantial de agua que brota para la vida eterna.⁵⁴

¡Oh qué gran suerte para nosotros! No sólo el Hijo de Dios vino al mundo para tomar la naturaleza humana y vivir siempre con nosotros, sino que el Espíritu Santo se derrama cada vez que nos colma de gracia santificante, consagra nuestros corazones como templos vivos, donde habita con su fuerza y queda permanentemente en ellos de una manera nueva y particular.

⁵³ 13, 4.

⁵⁴ Jn 4, 14.

Por ende, la gracia santificante es un don inestimable que supera otros dones y gracias, porque con ella recibimos todo bien, es decir, al Hacedor de todo bien. No obstante, hay poca gente que sabe apreciarla debidamente. La mayoría la pierde después de haberla recibido a causa de algún pecado mortal. Es una pérdida que no se puede recompensar ni sustituir con nada y que merece el mayor dolor y lágrimas amargas hasta de sangre. Es la pérdida no sólo de un don máximo, sino de la vida, de la nobleza incomparable y del más bello adorno del alma. Es la pérdida de la felicidad eterna.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 6, pág. 43.

Espíritu Santo, dador de los tesoros espirituales

Hoy propongo hacer una reflexión sobre el Espíritu Santo, quien cuando infunde la gracia santificante colma el alma de inefables dones espirituales y, como su esposo, se une estrechamente a ella y le concede con amor regalos verdaderamente divinos. Pero muchos ignoran que Dios, en los sacramentos, no sólo perdona los pecados, sino que otorga también una gracia y un depósito inagotable de sus beneficios. Ellos vuelven a pecar y pierden esos infinitos tesoros.

Si conociéramos mejor el valor de estas bondades, con toda seguridad no las perderíamos tan fácilmente a causa de los pecados mortales. El Concilio de Trento define que el Espíritu Santo, al dar la gracia santificante, colma a la vez de fe, de esperanza y de caridad. Derrama también otras virtudes y siete dones con frutos y bendiciones, como enseña el *Catecismo Romano*.

El Espíritu Santo infunde en nosotros la gracia santificante, a fin de que nos asemejemos a Dios y nos amistemos con él, lo más fielmente posible. La gracia santificante eleva a las realidades sobrenaturales, hace al hombre una criatura nueva, agradable, digna de la amistad y la participación en la naturaleza y gloria de Dios. Las virtudes y los dones infusos, por su parte, son como las alas con las cuales el alma se eleva hacia aquellas realidades, para unirse más profundamente a Dios hasta que dicha unión sea inseparable y eterna.

Para que podamos unirnos a Dios en la vida presente son imprescindibles la fe, la esperanza y la caridad, porque en la vida eterna bastará sólo el amor. Estas tres virtudes deben crecer en nosotros sin medida. Dios es digno de que lo honremos y amemos infinitamente, con todo el corazón, toda el alma y todas nuestras fuerzas. El estado perfecto de las virtudes se funda en la moderación. No guardar la medida apropiada disminuye su valor, e incluso las coloca entre los pecados. Ellas potencian en nosotros el amor a Dios y al prójimo y, de esta manera, nos unen más estrechamente a él, nuestro fin último.

Todas las virtudes morales se agrupan en torno a las cardinales, que son: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. La prudencia se llama auriga de las virtudes, porque las conduce y les indica qué hacer, cómo y cuándo, para unirse a Dios; advierte que no se pueden retrasar las cosas concernientes a la salvación, que en los asuntos dudosos se ha de buscar consejo en las personas aptas y que en las cuestiones referidas a Dios hay que obrar con cautela y cuidado.

La justicia se compone de piedad, religión, gratitud, generosidad, veracidad, humanidad y afabilidad. Es la virtud moral que da al prójimo lo que le es debido e indica que el incumplimiento de este deber y compromiso lo ofende.

La fortaleza reafirma nuestra alma ante los peligros, dificultades y diferentes contrariedades. Le pertenecen a ella: la paciencia, la perseverancia o firmeza, la magnanimidad y la magnificencia, la cual predispone al espíritu para hacer grandes obras, heroicas, difíciles y nobles. La fortaleza reviste un gran amor que, por Dios, soporta todo con prontitud.

La templanza refrena nuestras inclinaciones y bajas pasiones, ya sean buenas o malas. Se la ha de practicar en el hablar, en la ira, en la ingesta de los alimentos y bebidas y en otros placeres del cuerpo. Esta virtud implica moderación, sobriedad, castidad y pudor, el cual ordena las miradas ante una pequeña manifestación de la indiscreción en palabras, tocamientos y movimientos exteriores. A la templanza se aneja la modestia que se revela a través del profundo sentimiento y estricto cumplimiento de los buenos modales, es decir, cuando se evita todo lo que pudiera ofender el decoro, la inocencia o las buenas costumbres. La clemencia y la mansedumbre son también parte de la templanza, pues apagan la pasión de la cólera y la vehemencia de la venganza. En fin, la templanza tiene estrecha relación con la humildad, la cual al permitirnos conocer nuestra pequeñez domina en nosotros los arrebatos del alma, que tienden a elevarse sobre otros.

Las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, porque nos unen con Dios, son más excelentes que los siete dones que nos disponen para esta unión.

“Templanza y Trabajo”, 1901, Nº 7, pág. 50.

Los dones del Espíritu Santo

Hoy profundizaré los siete dones infundidos con la gracia divina, que nos disponen a aceptar las iluminaciones e inspiraciones extraordinarias del Espíritu Santo. Se diferencian de los “regalos” o carismas como el de los milagros, las lenguas y la profecía, porque son concedidos para el bien de los fieles que los recibieron. Y los carismas trascienden para la salvación de los demás, para alabanza de Dios y edificación de su Iglesia.

El don más grande y excelente del Espíritu Santo es el de la sabiduría, por el cual conocemos a Dios como bien supremo y gustamos de él más que otras criaturas, a las cuales usamos en la medida que nos llevan a nuestro Creador. San Pablo, fortalecido con este don, confiesa: *Todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo (Flp 3, 8)*. La sabiduría nos llena con la dulzura del amor. En cambio los pecadores, y especialmente las personas sensuales buscan el placer, son incapaces de conocer las cosas de Dios y sienten rechazo hacia ellas, desean excesivamente las riquezas, los atractivos mundanales, en una palabra, se distinguen por la necedad, a pesar de poseer a veces un alto grado de instrucción.

El don de la inteligencia concede una luz para conocer las verdades oscuras a la razón que la fe propone, sobre todo una justa estimación del fin último, a pesar de no tener ningún estudio.

Este regalo divino lo poseyeron santa Ludvina, Teresa, Pascal Baylon, Ignacio de Loyola y brilló en los Padres y los Doctores de la Iglesia de manera excelente.

El don del consejo indica qué deben hacer los justos en las difícilísimas cosas que se refieren a la gloria de Dios y a la salvación. Permite conocer qué es más perfecto y agradable a Dios y qué medios utilizar para llegar a un fin pretendido. Les da una luz para que conozcan si es mejor hacer una cosa u otra. Este conocimiento está unido a una paz y serenidad, a pesar de grandes obstáculos puestos frecuentemente por la gente que los rodea y de críticas referentes a las decisiones tomadas, que algunos llaman imprudencia, manía, locura o arrebató... Se llamaría osadía el hecho de que un hombre común aspirara a actuar según obran los santos, o peor aún, si los criticara cuando él mismo no es audaz ni ha sido llamado para ello. Se debe pedir este don del Espíritu Santo, especialmente para elegir una profesión o el camino de la vida. Los santos procuraron poner en práctica cada iluminación del Espíritu, mientras que quien está en el pecado no escucha este consejo o no quiere cumplirlo por su desidia o pereza.

El don de la fortaleza les da a los justos la confianza firme de llevar a cabo los compromisos para con Dios a pesar de las tentaciones, obstáculos y dificultades que se presenten. Este don se diferencia de la virtud de la fortaleza, la cual predispone para superar las dificultades comunes, mientras que el don de la fortaleza dispone a cumplir la voluntad de Dios de modo heroico, incluso en situaciones atípicas, aunque se pierdan los bienes, el honor o la vida. Este espíritu lo tuvieron los mártires, especialmente los apóstoles.

El don de la ciencia ilumina a los justos, para que conozcan las verdades en las cuales deben creer y los deberes que han de cumplir. El Apóstol Pablo ha dado testimonio de este don de la siguiente manera: *El mismo Dios que dijo: «Brille la luz en medio de las tinieblas», es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones (2 Cor 4, 6)*. Esta luz sobrenatural deja ver el orden, la importancia, los límites y los fines de los derechos y obligaciones, lo que se debe desear más ardientemente, procurar con más fuerza y emprender para la edificación propia en primer lugar, y lo que se debe hacer para la gloria de Dios y no para la vanidad propia. Este don lo poseen, en menor o mayor medida, tanto los simples como los instruidos si su condición es el estado de gracia. Se lo llama también “sabiduría de los santos”, porque hace conocer a Dios y la miseria del hombre y no engríe, en tanto que la ciencia adquirida vuelve a la persona vanidosa.

El don de la piedad es una disposición habitual que inflama el alma para un amor filial hacia Dios, como el mejor padre, y para respetar y amar a los que él ama. Nos inspira a honrar a la Santísima Madre, a los ángeles y santos y a amar a las personas. Un buen hijo no sólo evita todo lo que pudiera ofender a su padre, sino que piensa permanentemente en agradarle, dándole alegría y satisfacción. De la misma manera el justo procura servir a Dios, amar a los que él ama y se aparta de los que se muestran sus adversarios. Está dispuesto a dejar padre, madre, hermanos, hermanas y amigos por el nombre de Dios, para encontrar en él la mayor felicidad y gozo. Los piadosos escuchan atentamente la palabra de Dios, leen con gusto libros que hablan sobre su amor y procuran cumplir su voluntad con fidelidad y en todo. Se diferencia de la virtud de la piedad, porque ésta dispone a la persona para adorar a Dios como Creador y Señor nuestro.

El don del temor a Dios es la disposición para no ofenderlo con un pecado, aun en las cosas más pequeñas, y no perder su trato de favor. Cuando prevalece el temor al castigo, entonces el

amor es menos perfecto; cuando predomina el temor a la culpa, el amor es más santo y se llama “temor pueril”. No obstante, los dos son un regalo de Dios.

Cuando el Espíritu Santo mora en el corazón del hombre, éste se parece a un árbol lleno de vida y da frutas buenas y sabrosas. En cambio cuando el alma está dominada por el espíritu del mundo se parece a una planta que da frutas malas y amargas, a saber: impureza, insolencia, riñas, envidia, odio, disensiones, discordia, celos, ambiciones, asesinatos, borracheras, libaciones...

San Pablo advierte que *los que hacen estas cosas no heredarán el reino de los cielos (Gál 5, 21)*. Por sus frutos, es decir, sus obras, podemos conocer qué espíritu los aviva. *Por sus frutos los reconocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los cardos? Así, todo árbol bueno produce frutos buenos y el árbol malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo, producir frutos buenos. Al árbol que no produce frutos buenos se lo corta y lo arroja al fuego. Por sus frutos, entonces, ustedes los reconocerán (Mt 7, 16-20)*.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 7, pág. 50.

Los frutos del Espíritu Santo

Hoy deseo contemplar los frutos del Espíritu Santo que enumera san Pablo en la Carta a los Gálatas.⁵⁵ Ellos son: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad. Este apóstol, así como no cataloga todas las obras de la carne, tampoco especifica todos los frutos del Espíritu. Todos ellos son agradables y hacen feliz al hombre ya en la vida presente. Así pues la santidad no es triste como se piensa comúnmente y los santos, a pesar de llevar una vida muy estricta, son conocidos por su gran paz y alegría de espíritu.

El amor es el primer y más importante fruto del Espíritu, de él nacen otros y sin él ninguna virtud puede ser virtud.

El siguiente fruto, puro y perenne, que conduce a la dicha eterna e inspira al hombre para servir al Señor con alegría y felicidad es el gozo. El mundo y el hombre sensual, que desconocen tal deleite, no son capaces de entender que la vida de penitencia puede armonizar con el gozo. Ven los espinos de la abnegación cristiana, pero no advierten las rosas; conocen la amargura del sufrimiento, pero no saborean su dulzura; ven la cruz, pero no descubren su grandeza y confortación que el Espíritu Santo derrama sobre ellos.

El Espíritu concede la paz, que causa una tranquilidad inalterable, a pesar de cualquier tempestad de la vida. Ésta es una paz que supera toda imaginación y que el mundo no puede dar ni un pecador puede sentir. Cuando el justo sirve y ama a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, somete sus pasiones a la razón y ésta la sujeta a Dios, no busca su propio bien, sino el de otros; en efecto, conserva la paz con Dios, consigo mismo y con todos los hombres.

⁵⁵ 5, 22.

La paciencia, como fruto del Espíritu, nos consolida para soportar situaciones muy difíciles. Es un rasgo característico de los cristianos, porque permite alegrarse entre los padecimientos.

La longanimidad inclina a la persona a perseverar haciendo obras de misericordia.

La bondad no le hace daño a nadie, mas quiere el bien para todos. Se distingue poco de la longanimidad.

La benignidad se muestra magnánima mientras espera los bienes eternos según las palabras del Salvador: *Ustedes serán odiados por todos a causa de mi nombre, pero aquel que persevera hasta el fin se salvará (Mt 10, 22)* o como se expresa san Pablo: *en cuanto a nosotros, nos comportamos como corresponde a ministros de Dios en las tribulaciones, en las adversidades, en las angustias, al soportar los golpes, en la cárcel, en las revueltas, en las fatigas, en la falta de sueño, en el hambre, con integridad, con inteligencia, con paciencia, con benignidad (2 Cor 6, 3-6)*.

La mansedumbre suaviza y temple los arrebatos de ira en nosotros. Es la virtud que, de un modo especial, es propia de Cristo.

La fidelidad dispone a cumplir rigurosa y fielmente las promesas y a observar los contratos.

La modestia excluye toda clase de ostentación y apariencia de pomposidad, como también el lujo en el vestir y los utensilios.

La templanza significa no sólo moderarse en la comida y en la bebida. También temple todas las pasiones, incluso nos frena para que no hagamos un mal, aunque sea aparente. Participa mucho en la batalla de la carne contra el espíritu, porque crucifica nuestras pasiones y es necesaria para evitar un pecado.

La castidad, como parte de la continencia, conserva pura el alma en el cuerpo limpio. Dado que somos un templo consagrado a Dios, cuya guardiana y señora es la castidad, ella no permite que entre en él algo manchado.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 7, pág. 50.

Disposiciones para recibir al Espíritu Santo

Hoy presentaré las predisposiciones que deben tenerse para recibir al Espíritu Santo. La purificación de la conciencia está a la cabeza, por medio de la ardiente confesión de los pecados que indica el Salvador: *Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen (Jn 20, 22-23)*.

La praxis de la humildad constituye otra inclinación, puesto que *Dios se opone a los orgullosos y da su ayuda a los humildes (1 P 5, 5)*. Dios colma a estos con su gracia, porque están dispuestos a recibirla y expulsar de sí la soberbia abominable por él.

La siguiente propensión está en la pureza del alma y del cuerpo, porque ya en el Libro del Génesis leemos: *Mi espíritu no va a permanecer activo para siempre en el hombre, porque éste no es más que la carne* (6, 3).

La oración viene a ser otra de las condiciones para la recepción del Espíritu Santo, tal como lo vemos en los apóstoles, quienes *íntimamente unidos se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos* (Hch 1, 14).

La quinta predisposición se manifiesta por medio de la caridad derramada en nuestros corazones por el mismo Espíritu, como asegura Jesús: *El que me ama, será fiel a mi palabra; y mi Padre lo amará, iremos a él y habitaremos en él* (Jn 14, 23). Este amor debe verse a través de los pensamientos, palabras y obras para con Dios y el prójimo.

Es necesario vivir en paz y concordia con la gente, a fin de que el Espíritu Santo elija nuestros corazones para su morada. No procuramos tener la paz con otros para disfrutar cómodamente del mundo, sino para que, unidos en el amor, hagamos venir al Espíritu y así experimentemos una paz que el mundo no puede dar y que supera todo conocimiento.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 7, pág. 50.

Las bienaventuranzas

No hace mucho me referí a los frutos del Espíritu Santo que enumera san Pablo⁵⁶, los cuales se obtienen con trabajo y esfuerzo, practicando las virtudes infundidas. Hoy hablaré nuevamente de la actuación del Espíritu, especialmente de las bienaventuranzas. Éstas son fruto de los dones del mismo Espíritu, pero constituyen bienes de mayor grado y excelencia, pues el que se distingue por ellas es digno de llamarse bienaventurado, lo cual significa muy feliz.

Cuando Jesús enseña: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5, 3), quiere decir que los dichosos en la vida presente y en la futura son todos aquellos que no apegaron su corazón a las riquezas, los honores y los atractivos del mundo, llevan pacientemente la carencia de los bienes de la tierra y si los poseen viven como si no los tuvieran.

Según manifiesta san Agustín⁵⁷, la primera bienaventuranza brota del temor a Dios. Practicando este don el hombre justo, por la devoción que le tiene a Dios, se sacrifica enteramente y desprecia los honores y bienes que le ofrece el mundo. Las personas que tienen semejante espíritu se distinguen ya en esta vida por los profundos sentimientos cristianos, experimentan una gran paz en la hora de la muerte y van al cielo. Constituyen esta categoría aquellos auténticos pobres quienes, a ejemplo del justo Job, sufren su indigencia con paciencia y sumisión a la voluntad del Padre; quienes por amor a Dios, obedientes a la voz del divino Salvador y a ejemplo de los santos apóstoles, vendieron y abandonaron todo para servir al Señor libremente; quienes ciertamente poseen bienes terrenales, pero no ataron sus corazones a ellos, los consideran como medios para hacer obras de bien, incluso como carga, y se desprenden gustosamente de ellos; quienes son humildes, porque el humilde es

⁵⁶ Gál 5, 22.

⁵⁷ Comentario al *Sermón de la Montaña*.

verdaderamente pobre de espíritu por no apropiarse de nada, atribuir a la Providencia lo que posee, agradecer a Dios por todo y alabarlo a ejemplo de la Santísima Virgen María: *mi alma canta la grandeza del Señor, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas* (Lc 1, 46. 49).

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5, 5). Son aquellos que -a causa de Dios- no se enojan, no discuten con violencia y no se arrastran a los tribunales sino que, más bien, sufren y guardan silencio. Ellos justamente poseerán la herencia en el cielo. Esta bienaventuranza corresponde al don de la piedad, el cual sin polémicas y en mansedumbre permite ceder a las exigencias injustas y confiar en la herencia preparada por el Padre celestial, de la que jamás nadie los despojará.

El mundo ensalza y llama afortunados a los que poseen la fuerza para humillar a sus adversarios. En cambio, Jesús llama felices a los que saben frenar el incendio de su ira, a tal grado, que no sólo no piensan en la venganza, sino que proyectan cómo devolver amor por odio y bondad por maldad. Los que guiados por la prudencia del mundo ceden a la gente mala a fin de conquistarla para sus propios intereses terrenales no pertenecen a este orden de bienaventurados ni recibirán el premio prometido.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt 5, 4). Esta bienaventuranza tiene en cuenta a aquellos que lloran a causa de la miseria propia y ajena, especialmente por los pecados. Responde al don de la ciencia, que permite conocer la gravedad de la pérdida del sumo bien, es decir Dios. Los bienaventurados de este espíritu encuentran consuelo ya en la vida presente, al saber que cuando sufren le pertenecen especialmente a Dios. Sin embargo, Cristo no llama bienaventurados a todos los que lloran, porque el hombre está triste a veces cuando se aflige por la pérdida de bienes materiales o a causa de esperanzas y propósitos frustrados.

El que sufre a causa de la persecución a la santa Iglesia y la devastación que el enemigo del género humano hace en la viña del Señor; el que se entristece de sólo pensar que está en este valle de lágrimas y lejos de la patria celestial, en un peligro constante de perder la salvación; el que añora unirse eternamente con Jesucristo, esposo de su alma. Este hombre siente la tristeza según Dios y es verdaderamente bienaventurado; a él, que llora sus pecados el Espíritu Santo lo consolará con el perdón y mediante la gracia de conversión que consigue con lágrimas para otros; a través de la protección y la victoria, con las cuales Dios agració a la Iglesia como respuesta a las oraciones de los fieles; en fin, lo premiará cuando lo reciba entre los elegidos en el reino celestial, donde será enjugada toda lágrima de los rostros⁵⁸ y donde los que van sembrando con lágrimas cosechan entre gritos de júbilo (Sal 126/125, 5).

La cuarta bienaventuranza: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados* (Mt 5, 6), proclama que aquellos que desean vivamente progresar en las virtudes y obtener la felicidad eterna alcanzarán dicho objetivo en esta vida y en la eterna. Esta bienaventuranza tiene su raíz en el don de la fortaleza, porque se necesita una gran fuerza de espíritu para separar nuestra alma de los seductores placeres de la vida terrenal, elevarla a las alturas de las virtudes y hacer que anhele las cosas del cielo.

⁵⁸ Is 25, 8.

El mundo no comprende el hambre y la sed de los bienes espirituales, y hasta siente lástima de los que buscan algo que no sean cosas de la tierra. También se expresa que son felices los que nadan en bienes temporales y tienen todo a su disposición. Por el contrario, Jesús promete ya en este mundo -a los que tienen hambre y sed de la justicia- abundancia de gracias, grandes méritos, dulce consuelo, gozo y paz en el Espíritu, santo amor, perfección excelsa, y luego en la otra vida saciarlos de felicidad en su presencia.⁵⁹ Sin hambre de la justicia sería difícil e incluso imposible mostrarse justo, y menos aún perfecto. Ciertamente, este deseo de ser más justo y mejor ante Dios constituye el signo característico de las almas elegidas y un compromiso que deben cumplir.

La quinta bienaventuranza: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia* (Mt 5, 7) evidencia que son muy felices quienes sienten compasión por el prójimo y lo socorren en las miserias, según sus posibilidades. Esta bienaventuranza responde al don del consejo, que permite a los justos saber qué deben hacer para el mayor bien del prójimo y el propio provecho espiritual, qué modo aplicar y cuáles son los motivos para actuar.

El hombre verdaderamente misericordioso es aquel que por amor cristiano procura socorrer al prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. En cambio el hombre mundano es demasiado egoísta para mostrarse bondadoso, le interesan poco las necesidades de los otros y piensa sólo en sus propias comodidades y placeres. Para él son odiosos los gemidos de los mendigos abandonados y el llanto de los huérfanos. Si arroja algo para los pobres, es sólo para quitarse de encima la presencia desagradable de las personas disminuidas por la Providencia. Tampoco demuestran verdadera caridad quienes socorren a los pobres por motivos mundanos. Tal misericordia no acarrea bendición alguna. Sólo los auténticos misericordiosos alcanzarán compasión en esta vida y cuando pidan a Dios serán escuchados; los castigos por los pecados les serán perdonados; serán librados de cada peligro; recibirán gracias abundantes sin rogarlas; en otra vida no serán juzgados según la severidad del Juez eterno, sino conforme a su gran misericordia;⁶⁰ obtendrán el premio con una medida buena, apretada, remecida y rebosante, porque la bondad de Dios supera toda comprensión humana.

La glosa: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8) considera muy felices a aquellos que poseen el corazón puro, sin la mancha del pecado, libre de cualquier atadura a las cosas de la tierra; en una palabra: un corazón angelical, porque sólo con el corazón limpio se puede conocer a Dios y sus verdades. Un corazón más pulcro entiende más profundamente la verdad y a la inversa. Alrededor nuestro brotan las supersticiones porque poca gente tiene el corazón puro. San Agustín⁶¹ sostiene que esta bienaventuranza surge del don del entendimiento, el cual concede la capacidad de ver lo que el ojo no vio. En efecto, podemos decir que cuanto más puro es el corazón, tanto más profundo es el conocimiento de la verdad.

La pureza de corazón decantada aquí responde no sólo al estado libre de todo pensamiento, deseo y obra, contrarios a la virtud de la castidad, sino que contempla el estado libre de pecado en general, de cualquier pasión e inclinación desordenadas, si es que el hombre con la gracia de Dios puede alcanzarlo. Para llegar a este grado es necesario que el corazón no esté vacío, sino lleno de pensamientos, sentimientos, deseos y propósitos santos. El corazón no puede parecerse a un vaso limpio por dentro y por fuera, pero vacío, sino que debe estar lleno

⁵⁹ *Sal* 16 /15, 11.

⁶⁰ *Mt* 25, 31-46.

⁶¹ Comentario al *Sermón de la Montaña*, 1, 4.

del santo amor. Sin embargo el hombre mundano no piensa en lo que contiene su corazón, ni cuida su pureza interior. Se contenta sólo con su apariencia -que entra por los ojos y de la cual se vanagloria- y desprecia a otros. A esta gente pueden referirse las palabras que dijo Jesús a los fariseos: *¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que limpian por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro están llenos de codicia y desenfreno! ¡Fariseo ciego! Limpia primero la copa por dentro, y así también quedará limpia por fuera (Mt 23, 25).*

Cuanto más pura es el agua de la fuente, tanto mejor se refleja en ella el sol; cuanto más limpio está el corazón humano, tanto más claramente se le presenta la verdad sempiterna que es Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9). La séptima bienaventuranza llama felices a quienes recuperaron el orden que por el pecado habían perdido en sus propios corazones y en el de su prójimo. Ellos experimentan -ya en la vida presente- la satisfacción de la felicidad eterna y de la paz, y vuelven al estado primitivo que disfrutaron con Dios como sus hijos. Porque no sólo se llaman hijos de Dios⁶², sino que verdaderamente lo son; ellos se parecen a Cristo Señor, Príncipe de la paz, quien la posee y la concede. Dios *cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo y nos resucitó (Ef 2, 5).*

San Agustín atribuye esta bienaventuranza al don de la sabiduría, el más excelente don del Espíritu Santo, con el cual conocemos a Dios, el sumo bien, y pregustamos de él más que otras criaturas, a las cuales usamos en la medida que nos acercan a Dios. Es por eso que sometemos todas las rebeliones de nuestro cuerpo a la razón, la razón a las normas de Dios, y de esta manera construimos en nosotros y en el prójimo el orden y la paz parecidos a los que existen en Dios.

Cuando el mundo no conoce la paz y carece de ella, elogia y ensalza hasta los cielos la supuesta sabiduría de los que dividieron a las naciones y, en guerras fratricidas, derramaron la sangre humana. También desprecia a los humildes llamándolos “gente de segunda”. Cristo, en cambio, vino junto a nosotros, nos dijo *paz para ustedes (Ef 2,17)* y reconcilió *consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo restableciendo la paz por la sangre de su cruz (Col 1, 20)*. Él no alaba a los destructores del orden mundial ni a los que derraman sangre, sino a los que trabajan por la paz -a quienes llama hijos- y les promete la herencia celestial.

La octava bienaventuranza: *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 10)* explica que Jesús tiene por bienaventurados a los que no por cualquier motivo, sino para progresar en las virtudes cristianas, sufren la persecución, el martirio y la muerte cruel. Por ello son siervos y seguidores de Cristo, cumplidores de los mandamientos de Dios, y cuanto más sufren en nombre de él, tanto mayor gloria recibirán en el cielo. En el día del juicio Jesús les dirá: *Ustedes son los que han permanecido siempre conmigo en medio de mis pruebas. Por eso yo les confiero la realeza, como mi Padre me la confirió a mí. Y en mi reino, ustedes comerán y beberán en mi mesa (Lc 22, 28)*. Esta declaración será un anticipo de la felicidad que gozarán en inconmensurable abundancia por siempre.

⁶² 1 Jn 3, 1.

Según san Agustín, en esta bienaventuranza se recapitulan todos los dones del Espíritu Santo, porque ella no constituye un nuevo grado de perfección, sino que confirma y explica otras, dado que tanto los pobres de espíritu como los mansos y otros bienaventurados, son mal vistos por los injustos y están expuestos a las maldiciones y persecuciones de todo tipo.

Las ocho bienaventuranzas expresan profundamente el espíritu cristiano, como si constituyeran tres peldaños de perfección que nos llevan a Dios y que son: la purificación por medio de la humildad, mansedumbre y penitencia; la santificación a través del ardiente deseo de poseer todas las virtudes -especialmente la caridad-; y la unión con Dios mediante la pureza de corazón, la paz y los sufrimientos por Dios. El ya mencionado santo se expresa bellamente sobre esta idea, cuando dice que los valores del reino de los cielos como el reinado, el gozo, la paz, el elevamiento y la vida los conquistamos con la pobreza, el dolor, el trabajo, la humillación y la muerte respectivamente.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 8, pág. 58.

Contentarse con lo que se tiene

Hoy les explicaré que en el padrenuestro Jesús manda pedir “el pan de cada día” y no alfajores, galletitas, caramelos u otras golosinas y, así nos enseña a no codiciar abundancia, sino contentarnos con lo que tenemos y ahorrar. Debemos hacerlo porque la voluntad de Jesús es que no nos atemos desordenadamente al mundo, sino que tomemos conciencia de ser peregrinos a la patria celestial donde, en comunión con él, viviremos para siempre. Este modo de vida frena nuestras pasiones, nos afirma en las virtudes y nos pone en el camino de la mortificación y de la cruz, inherente a la vida de cada cristiano, quien debe llevar la cruz cada día y seguir a Cristo. En cambio, la saciedad y las diversiones fomentan inmoralidades. Muchas enfermedades atormentan a la gente a causa de la intemperancia en el uso de los beneficios recibidos de Dios. No obstante, la templanza y la medida contribuyen abundantemente a la salud y la prolongan. Contentarse con lo que se tiene hace al hombre libre y feliz.

Los que poseen muchos bienes tiemblan por su futuro, no pueden dormir tranquilamente, son exageradamente precavidos y se quejan de cualquier fracaso, incluso de una situación que sólo aparenta serlo. En cambio las personas que se contentan con lo que tienen no se desesperan, y ante cualquier infortunio o necesidad que sufren, son optimistas y pueden hacer mayores obras de misericordia.

Ustedes deben proponerse hacer pocos gastos, tener las más pequeñas exigencias con respecto a la comida, bebida, ropa, vestimenta y habitación. Y cuando a causa de esa templanza sientan ciertas incomodidades, ofrézcanlas a Dios en espíritu de penitencia por los pecados propios y de otros; por la conversión de los pecadores; por las almas difuntas de los familiares y amigos, o únanlas a la intención que Jesús se ofrece en las misas. Si viven moderada y modestamente estarán contentos, tendrán buena y vigorosa salud, enjugarán las lágrimas de los que sufren, contribuirán a las grandes obras para la gloria de Dios y el bien de la sociedad y recibirán el premio eterno.

Pidan, cada día, que Dios despierte en nosotros un mayor espíritu de ahorro cristiano, que los millones que el país gasta anualmente para el vodka, que daña la salud del cuerpo y del alma, sean destinados a las necesidades de las familias, a la construcción de los templos y escuelas en cada pueblo donde haya un sacerdote y un maestro de escuela, a los hospitales e institutos de beneficencia para pobres -tan numerosos en el país- que piden limosna, y que queden unos centavos para el pan de ustedes, que aún no pueden ganárselo.

“Templanza y Trabajo”, 1901, N° 11, pág. 83.

La penitencia

Si el Creador le concediera a una planta el poder de curar las enfermedades o de devolver la vida, con toda seguridad, la gente no omitiría esfuerzos ni escatimaría gastos para conseguir tal remedio milagroso. Es así que nuestro Salvador nos dejó la penitencia cristiana, para curar eficazmente múltiples enfermedades e incluso recuperar la vida del alma que hemos perdido. Por un lado, muchos católicos ennegrecidos desprecian ese remedio salvador como si el alma tuviera menos valor que el cuerpo y, por el otro, los que lo usan indignamente merecen lástima. En cambio, son bienaventurados los que lo aprovechan digna y frecuentemente.

Empezamos la penitencia con una confesión sincera, y cuando arrepentidos confesamos los pecados, recibimos el perdón de todas las ofensas y recuperamos el estado de gracia. Después de esa confesión se ha de hacer una expiación según la modalidad determinada por el confesor. Dado que la Iglesia impone penitencias leves -en comparación a las que se daban a los primeros cristianos- es conveniente que cada uno expíe sus faltas, por medio de largas y humildes oraciones, frecuente participación en las misas, obras de misericordia espirituales y corporales, ayunos en los días prescritos, privaciones voluntarias, limosnas y aceptación paciente de las fatigas y cruces que se deben llevar. La satisfacción no solamente remite la pena temporal debida a la ofensa a Dios, sino que previene también las nuevas caídas.

Los primeros cristianos, tan sólo por un pecado grave, recibían durante varios años una severísima penitencia pública que aceptaban sin chistar. A título de ejemplo, menciono que quien consultaba a adivinos tenía que cumplir una pena de cinco años y el que vaticinaba recibía una de siete; el que había golpeado a alguien, sin causarle daño, estaba a pan y agua durante tres días y el que había lesionado cumplía el mismo castigo durante un año.

A aquellos que cometían pecados contra el sexto mandamiento se les imponía una penitencia durante tres, diez o quince años, y algunas veces de por vida. Por los pecados públicos se aplicaba una pena pública, por lo cual los penitentes eran divididos en cuatro grupos. Los que lloraban sus culpas conformaban el primer grupo. Estos, con la cabeza cubierta de ceniza y arropados con una especie de saco de lana, a imagen y semejanza de los mendigos, debían permanecer de pie en la puerta de la iglesia, suplicándoles a los fieles que entraban a la misa que rogasen por ellos.

Transcurrido un tiempo se les permitía integrar el grupo de los penitentes, que oían las lecturas y los sermones permaneciendo en el atrio del templo.

Cuando mostraban perseverancia eran proscriptos al grado de los penitentes que estaban de rodillas, podían entrar en la iglesia y participar de la misa. No obstante, antes de retirarse se

postraban, el obispo o el sacerdote les dirigían palabras de ánimo y los despedían con una bendición.

En la cuarta agrupación -formada por los que estaban de pie- había creyentes que ya no llevaban vestimenta penitencial y podían escuchar la misa. No obstante, no podían llevar las ofrendas ni comulgar. Para culminar todo este proceso, debían estar a pan y agua en su casa durante varias semanas, hacer largas oraciones y vigiliias, trabajar duramente, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos, ausentarse de las fiestas de casamiento y hacer otras obras de misericordia.

En la Iglesia siempre había fieles que hacían penitencia por sus culpas, por más pequeñas que fueran, teniendo presente la advertencia de Jesús: *Si ustedes no se convierten, todos acabarán de la misma manera (Lc 13, 3).*

“Templanza y Trabajo”, 1902, N° 5, pág. 35.

El poder del amor

Hoy expondré el poder del amor que san Pablo da a conocer cuando dice que *el propósito de la exhortación es la caridad que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera (1 Tim 1, 5).*

La palabra de Dios se anuncia para vivir el amor, y quien lo alcanza, obtiene todo, porque amar a Dios es el mayor y primer mandamiento. Sin la caridad, ninguna obra ni virtud sirven como medio que salva. Ella es la perfección y el fin para el hombre y el universo. Ella es la madre, la reina y el alma de todas las virtudes y quien la posee, goza de otras.

Dice san Agustín que la caridad es tan importante, que si a uno le falta, le falta todo y quien la posee, lo posee todo. “Ten la caridad y lo tendrás todo, porque sin ella todo lo que puedas tener no valdrá para nada”.⁶³ La fe y la esperanza terminarán, pero la caridad no pasará jamás.⁶⁴ La santidad es amar a Dios: el que le tiene más amor a Dios es más santo, más feliz ahora y en la eternidad. Cuando este amor alcanza la cumbre “hace fáciles y casi triviales todas las cosas difíciles y duras”⁶⁵ -sigue sosteniendo el mismo santo.

Obedientes a la enseñanza de Jesús, que dijo que cuando uno ama de verdad a Dios también tiene amor por el prójimo⁶⁶, los santos de todos los tiempos, en particular los apóstoles, practicaron la caridad. Ésta fue para ellos como una mina de oro y de ella hicieron una corona que no se marchitó en la gloria celestial. Son grandes en el cielo porque mostraron mucho amor. No procuraron acumular los bienes pasajeros ni alcanzar dignidades y honores, no buscaron comodidades ni placeres, sino que amaron según las palabras: *Cada vez que lo*

⁶³ Tratados sobre el Evangelio de san Juan, 32, 8.

⁶⁴ *1 Cor 13, 8.*

⁶⁵ Homilía del Evangelio según san Juan.

⁶⁶ *Jn 13, 34-35.*

hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo (Mt 25, 40). Creyeron, de todo el corazón, que los que odiaban, maldecían, maltrataban y calumniaban al prójimo oyeron a Jesús decir lo mismo que le dijo a Saúl: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch 9, 4), aunque Saulo no perseguía directamente a Cristo, sino a sus seguidores. Los santos, cuando daban limosna, consolaban o socorrían a los enfermos, escuchaban en su interior las palabras de Jesús: tú me amas a mí, me consuelas a mí y me sirves a mí.

La Biblia⁶⁷ recomienda hacer obras de caridad, mediante las cuales ayudamos al prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos. Las espirituales, son corregir al que yerra, instruir al ignorante, dar consejo al que lo necesita, consolar a los afligidos, rezar por los vivos y los muertos, soportar pacientemente a las personas y perdonar las ofensas.

El amor resulta ser el mayor poder que posee el hombre para vencer todo. Así leemos en la vida de san Pacomio que a los 20 años tuvo que incorporarse al ejército imperial. Al ser conducido al lugar de su destino por el río Nilo en Tebaida, tanto él como sus compañeros fueron atendidos por ciertas personas caritativas, que les procuraron alimentos como si fueran hermanos o hijos. El joven se emocionó mucho ante este gesto, y al enterarse de que se trataba de cristianos que creían en Jesucristo crucificado -quien mandó amar al prójimo como a sí mismo- prometió que cuando quedase libre del servicio militar, abrazaría el cristianismo y se dedicaría al servicio de los hombres. Concluidas sus obligaciones militares, Pacomio conoció más profundamente la enseñanza de Cristo y recibió el bautismo.⁶⁸

En el mundo de hoy reina el mal como en los tiempos de los primeros cristianos, cuando fue perseguida la Iglesia y los fieles de Jesús. Si queremos convertir la humanidad y conquistarla para Cristo debemos hacer más obras caritativas, organizando sociedades y asociaciones para este fin. Los medios para luchar eficazmente, según las necesidades de hoy, son la práctica de la templanza y el trabajo en el espíritu de los primeros cristianos, quienes vivían sobrios y moderados, no fumaban y evitaban juegos de azar y otros placeres. Sufrimos y trabajamos en esta vida para poder resucitar con Cristo y con él gozar perpetuamente.

“Templanza y Trabajo”, 1904, N° 5, pág. 36.

¿Cómo ser feliz por siempre?

Hoy describiré el modo de ser feliz en vista de que la Verdad eterna, nuestro Salvador, nos indica el camino para alcanzar la felicidad perpetua cuando enseña: *el que quiera venir detrás de mí, (alcanzar el cielo)⁶⁹ que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga (Lc 9, 23).* Estas palabras invitan a moderar el amor propio y las inclinaciones de la naturaleza herida, a jugarse la vida por causa de Cristo y a cumplir siempre la voluntad de Dios de pensamiento, palabra y obra, aunque se sufra por ello. Porque -como dice Jesús- yo la cumplí, soportando inefables dolores y sufrimientos de cuerpo y alma. Yo soy para todos el modelo inalcanzable y nadie es capaz sacrificarse tanto por Dios como yo lo hice por amor a

⁶⁷ *Is 58, 6-7; Heb 13, 3.*

⁶⁸ El autor menciona otros ejemplos de caridad que dejaron san Benedicto Labre, beata Ana Catalina Emmerich y san Juan Bautista de Rossi.

⁶⁹ Explicación del autor.

los hombres. Por lo tanto alcanzará mayor felicidad en el cielo el que, por Dios, hace mayores esfuerzos y soporta tribulaciones y sufrimientos.

Fue por eso que Jesús, como persona humana, recibió la mayor gloria y está a la diestra del Padre. Su madre, la Virgen María, quien fue la que más sufrió después de él, obtiene mayor honor celestial que todos los ángeles y santos conjuntamente. Los santos que llevaron pesadas cruces por amor a Dios tienen también una mayor recompensa.

He aquí un ejemplo de esa entrega, que mostró santa Catalina de Sena cuando cuidaba una viuda enferma de cáncer. La gente evitaba encontrarse con la anciana debido a que despedía mal olor. Catalina la acompañaba día y noche sin ninguna aversión ni repugnancia, curando sus heridas y atendiéndola. Al principio, la señora admiraba y apreciaba la entrega total de la piadosa joven, pero muy pronto le perdió la simpatía, empezó a sospechar de ella y difundió las calumnias más infames. Lo peor fue que estas objeciones se referían a la santa virtud de la castidad y fueron secundadas por una hermana del convento. A pesar de todo esto, la joven no dejó de servir a su acusadora y calumniadora, sufriendo en silencio la persecución violenta. Por las noches presentaba las penas de su corazón dolorido ante una imagen de Cristo crucificado.

Una vez, en una visión, el Señor le presentó dos coronas, una de oro y la otra de espinas, invitándola a escoger la que más le gustara y le dijo: “Has de saber, hija mía, que tú tienes que recibir estas dos coronas, una después de la otra. ¿Quieres recibir la corona de espinas mientras vivas en este mundo y recibir la corona de piedras preciosas en la eternidad? Porque también puedes recibir tu corona de piedras preciosas en esta vida. Pero en este caso, tienes que llevar la corona de espinas en la otra. Elige lo que quieras”. Ella respondió: “Yo deseo, oh Señor, vivir aquí siempre conformada a tu pasión y a tu dolor, encontrando en el dolor y el sufrimiento mi respuesta y deleite”. Entonces tomó con decisión la corona de espinas, la presionó con fuerza sobre su cabeza y recomfortada y fortalecida con esta gracia, volvió a atender a la enferma con más fervor, hasta que obtuvo de Dios la gracia de su conversión.

“Templanza y Trabajo”, 1905, N° 6, pág. 43.

Índice

Introducción
El robo
Mandamiento del amor
¿A quién amar primeramente?
Las fuentes de la fe católica
Los signos del verdadero rebaño de Cristo
La fe viva
La mansedumbre
La humildad - el poder de Cristo
La obediencia
La confianza en la Virgen María
La esperanza
La conformidad con la voluntad de Dios
La necesidad y los modos de templar las pasiones
La pureza
El recogimiento del corazón
Amigo de Dios
El recuerdo de la presencia de Dios
Adoración a Jesús sacramentado
La necesidad de la mortificación
¿Qué hacer para ser moderado?
El dominio de las pasiones
Templanza de los sentidos
Templanza de la lengua
Templanza del paladar
La Virgen, nuestra esperanza
¿Quién es mayor en el reino de los cielos?
La actuación benéfica del Espíritu Santo
Espíritu Santo, dador de los tesoros espirituales
Los dones del Espíritu Santo
Los frutos del Espíritu Santo
Disposiciones para recibir al Espíritu Santo
Las bienaventuranzas
Contentarse con lo que se tiene
La penitencia
El poder del amor
¿Cómo ser feliz por siempre?